Conde de Saint-Simon
Nuevo cristianismo.- 1ª ed.- Buenos Aires:
Biblos, 2004.
78 p.; 12 x 20 cm. (Sociología)

ISBN 950-786-413-X

1. Sociología de la Religión. I. Título
CDD 306.3

Diseño de tapa: Luciano Tirabassi U.
Coordinación: Mónica Urrestarazu

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
editorialbiblos@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

Esta primera edición de 2.000 ejemplares
se terminó de imprimir en Indugraf S.A.,
Sánchez de Loria 2251, Buenos Aires,
República Argentina,
en marzo de 2004.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

En 1825 Saint-Simon publica su última obra, el *Nuevo cristianismo*. Después de dedicarse durante más de veinte años a establecer las bases de una ciencia que estudie la sociedad con un método positivo, la propuesta de reformar completamente la religión y recrear el cristianismo pudo parecer sorprendente para sus contemporáneos. Sin embargo, ésta fue la obra que mayor adhesión suscitó y la que generó en torno del autor un núcleo de discípulos que continuarían desarrollando sus ideas durante algunos años.

Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon, nació en 1760 en el seno de una familia noble en decadencia que se ufanaba de descender de Carlomagno. A menudo se lo confunde con un pariente lejano, duque de Saint-Simon, que escribió unas extensas y célebres memorias donde se retrata la vida de la corte de Luis XIV.

El conde de Saint-Simon, destinado a la carrera militar, participó de la guerra por la independencia estadounidense, donde observó de cerca los nuevos vientos liberales que soplaban en el mundo. Espectador de la Revolución francesa, no participó en política sino que se dedicó a la especulación con bienes nacionales. En los años del directorio se dedicó al estudio de las ciencias, convocando en su salón a los más destacados científicos de la época. En 1803, es decir a los cuarenta y tres años, publicó su primer libro: *Cartas de un*

habitante de Ginebra a sus contemporáneos, tras lo cual no cesó de escribir, en su afán por hallar una disciplina que haga de la sociedad su objeto de estudio, abarcando tanto la actividad material del hombre como su aspecto moral. Para desarrollar esta nueva ciencia apeló primero a la física de Newton y concibió la aplicación de la teoría de la gravedad a los organismos sociales. Más adelante buscó un modelo en la fisiología, y llamó a la nueva ciencia "fisiología social".[1] Finalmente halló que la economía era la ciencia que brindaba una base adecuada para estudiar al hombre en forma "positiva", es decir, a través de la observación y alejándose de todo tipo de "conjeturas". En los últimos años ya denomina a la ciencia por él desarrollada "sociología positiva". Un discípulo de Saint-Simon, Auguste Comte, que rompió con su maestro en 1823, divulgará en sus obras esta denominación, así como muchos de sus principios.

El período de mayor importancia en la producción de Saint-Simon, el que se abre con la caída de Napoleón y la Restauración en 1814, está centrado en su preocupación por darle a la industria el lugar preponderante dentro de la sociedad. Saint-Simon quiere organizar la sociedad en función de sus intereses materiales y, para ello, los industriales (es decir, todos aquellos que cumplen un rol productivo, sean patrones, obreros, comerciantes, agricultores, etc.) deben gestionar directamente la política desde el Estado, el cual no debe estar en manos de ninguna burocracia intermedia. Entre las obras de este período se destacan *De la reorganización de la sociedad europea* (1814), *La industria* (1817), *El organizador* (1819), *Del sistema industrial* (1821) y *Catecismo político de los industriales* (1824).

Luego de tanta preocupación "terrenal" en la política y

1. Véanse P. Ansar, *Saint-Simon*, París, Presses Universitaires de France, 1969, y *La sociología de Saint-Simon*, Barcelona, Península, 1972.

la economía de su tiempo, bien puede asombrarnos la propuesta de una reforma religiosa. Émile Durkheim señala con precisión cuál es la sorpresa que puede generar el *Nuevo cristianismo*:

> Cuando se oye al adversario del sistema teológico, al partidario del predominio de las ciencias, al fundador de la filosofía positiva, reclamar la institución de una religión nueva, estamos tentados de creer que al mismo tiempo se produjo en su pensamiento alguna revolución y que no supo mantenerse fiel a sus principios.[2]

Sin embargo, Saint-Simon nunca dejó de considerar a la religión como una de las dimensiones necesarias de la sociedad del hombre, aquella que unía a los seres humanos entre sí y los vinculaba como miembros de una especie. Todo cambio social era acompañado inevitablemente por un cambio en la religión, y las épocas de construcción social y concordia, llamadas "orgánicas" (en oposición a las épocas de decadencia o "críticas"), se caracterizaban, entre otras cosas, porque el lazo de unión entre los hombres se basaba en un objetivo común, coronado por una religión.

Ya en su citada primera obra promete en un futuro "escribir una carta en la que analizaré la religión como una invención humana, la consideraré como la única institución de naturaleza política que tiende a la organización general de la humanidad".[3] Sin desconocer la importancia que tiene la primera declaración ("la religión como una invención humana"), nos interesa aquí destacar el hecho de que en toda su obra Saint-Simon considera que la religión es la

2. É. Durkheim, *El socialismo*, Madrid, Editora Nacional, 1982, p. 270.

3. Saint-Simon, *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporaines*, s/d, 1803, p. 100.

única "superestructura" ideológica posible con la que el ser humano puede tender hacia un objetivo común tanto en el aspecto material como en el moral. Saint-Simon es panteísta[4] y no puede concebir la *totalidad* social sin la religión, que acompañó al hombre en toda su historia y tuvo en las épocas orgánicas un rol de primer orden en el progreso social.

Aun así, como veremos más adelante, en su época más liberal (la que sigue inmediatamente a la caída de Napoleón) Saint-Simon concibió la posibilidad de que la religión desapareciera ante el embate del materialismo moderno, pero no encontramos de ello registros escritos sino testimonios de sus discípulos.[5]

Saint-Simon no sólo recibió el desdén de la clase pudiente, a la cual él dirigía sus escritos, sino que prácticamente no tuvo seguidores hasta el final de su vida. Primero Augustin Thierry y luego Auguste Comte actuaron como sus secretarios, pero se alejaron del maestro cuando sus posturas políticas se hicieron más audaces. Incluso intentó suicidarse en 1823, deprimido por la falta de eco de sus propuestas. Y es recién después de este suceso cuando empieza a agruparse en torno de él un pequeño grupo de entusiastas, que conformarán después de su muerte la escuela saintsimoniana. No deja de ser sintomático que el acercamiento a una nueva religión se opere en Saint-Simon después de experimentar la cercanía de la muerte. En todo caso, fue la redacción del *Nuevo cristianismo* el motivo más fuerte de unión, no ya de los hombres en general, sino de

4. Véanse Émile Durkheim, ob. cit., p. 270; Georges Gurvitch, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, p. 91, y Dominique Desanti, *Los socialistas utópicos*, Barcelona, Anagrama, 1973, p. 92.

5. Véase el prólogo de Olinde Rodrigues a *Nouveau christianisme*, París, Les Livres Français, s/f, p. 5.

los discípulos de Saint-Simon en particular, y ello motivó que su herencia ideológica tomara una dirección específica, que relegaba a un segundo plano los aspectos epistemológicos y políticos, y destacaba como primordial la creación de una religión nueva.

¿Por qué esta última obra suscitó interés y generó en torno de Saint-Simon un grupo de seguidores? La Revolución francesa había dado un golpe mortal a la Iglesia como institución reguladora de la vida moral del hombre y la sociedad debía rediscutir qué lugar otorgarle al sentimiento religioso, discusión que abarcó todo el siglo XIX. En palabras de Hyppolite Carnot, saintsimoniano que venía de la orden de los templarios: “Estábamos al acecho de todas las manifestaciones filosóficas que nos parecieran tener una tendencia religiosa”.[6] Este interés se relacionaba tanto con la pérdida de importancia de la Iglesia en los asuntos políticos como con el surgimiento incontenible de una sociedad materialista que parecía desterrar definitivamente todo trascendentalismo. El golpe a la religiosidad provoca el estallido de cientos de nuevas sectas, con una mezcla de romanticismo, milenarismo y reforma religiosa. Esta última obra de Saint-Simon parece cerrar la brecha entre la religión y la sociedad, proponiendo un mundo nuevo donde sea la religión, como ideología de la solidaridad, la que organice y dé un objetivo general a la estructura material y productiva de la sociedad.

Saint-Simon escribió el *Nuevo cristianismo* en marzo de 1825, la obra apareció en abril y su autor murió “el 19 de mayo de 1825, a las diez de la noche, a la edad de sesenta y cuatro años, siete meses y dos días”,[7] rodeado de un puñado

6. Citado por É. Durkheim, ob. cit., p. 290.

7. Como informa el editor anónimo de las *Œuvres de Saint-Simon et d’Enfantin*, París, Publicadas por los Miembros del Consejo Instituido por Enfantin, 1865-1878, vol. 23, p. 12.

de jóvenes a quienes instruye hasta sus últimos minutos. Los discípulos se han acercado en los últimos meses: el más antiguo, el banquero Olinde Rodrigues, de treinta y un años, está con Saint-Simon hace sólo dos años. Toda esta generación se acerca fundamentalmente por sus nuevas propuestas de reforma religiosa, y éste es el aspecto que van a extremar de toda la doctrina. Primero se constituyen como una escuela de transmisión de las ideas saintsimonianas, liderados ideológicamente por Saint-Amand Bazard, que venía del carbonarismo, y le va a dar un cariz netamente progresista a los planteamientos del grupo, reflejados en un volumen colectivo, *Doctrina de Saint-Simon*, que tendrá una enorme influencia en el socialismo posterior.[8] Más tarde se van extremando las características religiosas del saintsimonismo y la escuela finalmente se constituye como una secta religiosa, que tiene a Prosper Enfantin[9] como su magnético jefe.

Unilateralizar las ideas de Saint-Simon en la creación del nuevo cristianismo fue a la vez la fuerza y la ruina de la escuela saintsimoniana. Su fuerza, porque como religión pudieron expandirse por toda Francia, Bélgica, Italia y Alemania, dando origen en todos esos países a gérmenes de agrupamientos protosocialistas. Dice Saint-Simon en la obra que presentamos, que se deben “preparar misiones hacia todas las naciones civilizadas para hacerla adoptar” (p. 69). También Robert Owen en Inglaterra extendió su doctrina como religión, enviando misioneros a todas partes

8. *Doctrine de Saint-Simon. Exposition. Premier année*, París, L’Organisateur, 1830.

9. Prosper Enfantin (1796-1864) y Saint-Amand Bazard (1791-1832) fueron los más destacados dirigentes del saintsimonismo después de la muerte del maestro. Muerto Bazard y alejada toda el “ala izquierda” de la escuela, Enfantin quedó como jefe único de la reducida iglesia hasta su muerte.

a partir de 1834. La propagación del socialismo por Europa revistió entonces la necesaria forma de una religión con un significado humanista porque, a falta de otra doctrina, el cristianismo parecía el único refugio contra el avance incontenible del deshumanizado capital.

Fue también su ruina, porque fundaron una religión con un hondo sentido moral, pero no se hablaba de lo sobrenatural, de lo trascendente, de Dios.[10] La religión saintsimoniana era, por así decir, "laica" y racional. Lo religioso resultaba una cáscara que más temprano que tarde debía estallar. Las disensiones ideológicas y la persecución estatal terminan por desmembrar al saintsimonismo en 1832. El hecho de haberse convertido exclusivamente en una secta religiosa ridiculizó al saintsimonismo a los ojos de toda la generación siguiente. Y aunque los saintsimonianos llenaron con su presencia el auge del socialismo que culmina en la revolución de 1848, la doctrina se transformó, negando o disfrazando sus orígenes. Ése es sin duda el motivo por el cual existen escasísimas traducciones de las obras de Saint-Simon al español.

El *Nuevo cristianismo* está estructurado como un diálogo entre un conservador y un innovador *(novateur)*, quien cumple las funciones de *alter ego* de Saint-Simon. Este formato se desvanece a las pocas páginas en una larga exposición doctrinaria del innovador, pero reaparece al final, cuando el conservador plantea algunas objeciones a su interlocutor y luego manifiesta su "conversión".

Ese formato de diálogo también lo usó Saint-Simon en el *Catecismo político de los industriales*, pues 'catecismo' significa, además de su sentido religioso, obra sucinta en forma de preguntas y respuestas. También podemos re-

10. Véase S. Charléty, *Historia del sansimonismo*, Madrid, Alianza, 1969, p. 150.

lacionar esta forma dialogal con un formato epistolar que Saint-Simon utilizó con frecuencia *(Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos, Del sistema industrial)*. Estas estructuras nos hablan de las intenciones didácticas de Saint-Simon, quien pretendía que sus obras fueran fundamentalmente populares. También se evidencia la intención popularizadora en la brevedad de la exposición, en el estilo sencillo y directo, en las constantes fórmulas reiterativas, que insisten en tópicos que deben ser memorizados, y también en esa "conversión" ejemplarizadora del conservador al final del texto.

En la obra misma se lee que el punto de vista religioso es "el más elevado y más popular" (p. 67), porque la elevación o la profundidad no están en la filosofía sino en el pueblo, que conserva aunque sea inconscientemente la doctrina del verdadero cristianismo. Y aunque a principios del siglo XIX parezca que la religión está cuestionada por el liberalismo ascendente, "jamás ha existido un número tan grande de buenos cristianos, pero hoy en día pertenecen casi todos a la clase de los laicos" (p. 31). Asimismo, la crítica que descarga sobre el protestantismo es que, a partir de su carácter iconoclasta y su rechazo a la música y los ornamentos, carece de atractivo para el pueblo. Se instaura así, a partir de Saint-Simon, una tradición que el socialismo francés (y buena parte del socialismo europeo) sobrellevará durante todo el siglo XIX y que consiste en la fusión de la reivindicación de los explotados con el cristianismo primitivo. Hasta la irrupción de los ateos alemanes hacia fines de siglo, el movimiento popular se desarrollará bajo el signo de la santidad del pobre, el martirologio del luchador y la comunidad de los fieles. Quizá una buena parte de la ventaja que el socialismo saca al liberalismo por algunos decenios se deba al ateísmo de esta última doctrina.

Si bien los sabios, los artistas y los intelectuales deben ser aliados de la nueva religión, Saint-Simon es consciente de que debe dirigirse primordialmente a un público no

especializado, es decir, a la masa de industriales, comerciantes, agricultores, etc., que pertenecen por derecho a la clase dirigente y sin embargo, por desinterés o por falta de preparación, no participan activamente en los asuntos del Estado.[11] El destinatario no podía ser ni los poderosos ni la clase política, porque ellos eran los "ociosos", los que más dificultaban el progreso de la sociedad hacia una comunidad de trabajadores.[12]

La intención de "popularidad" de Saint-Simon se desprende evidentemente del cambio de proyecto político: de dirigirse a los poderes en sus primeras obras, pasa en sus últimos años a dirigirse a una masa más indeterminada pero que no está en los primeros puestos de la función pública; letrada, pero no erudita; preocupada por los asuntos públicos, pero intimidada para ocupar un rol dirigente. Una transformación similar en el destinatario y en el estilo debieron operar los hegelianos de izquierda de los años 1840 (Hess, Feuerbach, Marx), pasando del lenguaje esotérico de Hegel al más directo de la política.

El *Nuevo cristianismo* insiste en señalar cuál es la función primordial que debe cumplir la nueva Iglesia y que han descuidado los poderes: mejorar la suerte moral y física de la clase más pobre, consigna que se reitera numerosas veces en las pocas páginas de la obra. Fue éste un lema de una enorme productividad en las doctrinas socialistas posteriores, a tal punto que pocos militantes populares pudieron desprenderse de su influjo: Pierre-Joseph Proudhon lo cita favorablemente al comenzar el escrito que lo llevó a

11. Véase a ese respecto las cartas que dirige a cada uno de esos sectores en *Du système industriel*, París, Renouard, 1821, y el llamado a la acción a la clase industrial en *Catecismo político de los industriales*, Madrid, Orbis, 1985, *passim*.

12. Véase *Catecismo político de los industriales*.

la fama[13] y Flora Tristán lo discute y lo reformula en su obra más significativa.[14]

Plantear que la religión, los poderes y todas las clases privilegiadas tienen como tarea fundamental mejorar la situación de la clase proletaria, de aquellos que trabajan con sus brazos, fue una verdadera revolución copernicana en el ámbito del pensamiento político. Saint-Simon no afirma simplemente que se deben realizar esfuerzos en ese sentido, sino que ésa es la principal y única tarea a la que debiera dedicarse el poder del Estado y el esfuerzo social en general. Este simple pensamiento, pura deducción de las doctrinas del viejo cristianismo, es el que establece la bifurcación de los caminos del liberalismo y el socialismo.[15] Mientras el primero insistirá en la celebración del individualismo y de la libertad como único objetivo, que mediatiza sin plazo la preocupación por la suerte de los pobres, Saint-Simon plantea que ninguna libertad y ningún individuo son más importantes que la suerte de las grandes mayorías. Entre una y otra doctrina se abre un abismo: a partir de ese momento, el liberalismo deja de examinar siquiera el problema de la pobreza y acusa a quien se proponga solucionarlo de utopista, por considerar la adjetivación más generosa.

Los trabajadores sin propiedad son por ahora sólo el *objeto* de las preocupaciones del filósofo: deberán transcurrir dos generaciones de socialistas para hallarlo como *sujeto*, pero el planteo no es novedoso en Saint-Simon. Ya leemos en *Del sistema industrial*, de 1821:

13. *¿Qué es la propiedad?*, Madrid, Orbis, 1983 [1841], p. 17.

14. *Feminismo y utopía. La unión obrera*, México, Fontamara, 1993 [1843], p. 81.

15. Una exposición más detallada de las diferencias de Saint-Simon con el liberalismo y su proyección hacia el socialismo se puede leer en Hernán Díaz, "Saint-Simon, del liberalismo al socialismo", en *Razón y Revolución*, Nº 11, invierno de 2003, p. 143.

> El objetivo directo de mi empresa es mejorar lo más posible la suerte de la clase que no tiene otros medios de existencia que el trabajo de sus brazos; mi meta es mejorar la suerte de esta clase, no solamente en Francia, sino en Inglaterra, en Bélgica, en Portugal, en España, en Italia, en el resto de Europa y en el mundo entero. Esta clase, a pesar de los inmensos progresos que realizó la civilización (desde la liberación de las comunas), es aún la más numerosa en los países más civilizados; forma la mayoría en una proporción más o menos grande en todas las naciones del globo. De esta forma, de ella debieran ocuparse los gobernantes principalmente pero, al contrario, sus intereses son los más descuidados por los gobiernos. La ven como esencialmente gobernable e imponible, y el único cuidado importante que toman con respecto a ella es el de mantenerla en la obediencia más pasiva.[16]

En el transcurso de la misma frase, el proletariado, aunque objeto todavía, pareciera ir necesitando ser despertado. Ya no sólo se busca mejorar *desde afuera* su situación sino que se critica que sean vistos como “gobernables e imponibles”. La escuela saintsimoniana, aun bajo la forma de una secta religiosa, terminará en los años 30 armando círculos de obreros para predicar la nueva doctrina y reconociéndose a sí misma como “partido político de los trabajadores”.[17]

El *Nuevo cristianismo* está encabezado por una cita de San Pablo en la portada: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Esta sentencia es juzgada por Saint-Simon el principal y único axioma legado por Dios a los hombres (p. 29). Con ella, el filósofo se inscribe en la parte más olvidada

16. Saint-Simon, *Du système industriel*, pp. 264-265. Traducción propia.

17. *Œuvres…*, vol. 45, p. 98.

de la tríada de la Revolución francesa: la “fraternidad”. Ni la “libertad” ilusoria ni la “igualdad” injusta: sólo la solidaridad y la asociación entre los hombres puede superar los males que conllevan el individualismo, el egoísmo, la competencia y la anarquía de la sociedad que Saint-Simon observa y critica.

La palabra ‘socialismo’, que comenzó a utilizar el saint-simoniano Pierre Leroux hacia 1835, nace justamente como contraposición al “individualismo” de que hacía y hace gala el liberalismo. Contra la lucha de todos contra todos, los hombres deben comportarse entre sí como si fueran hermanos: relación recíproca basada en el afecto y en la solidaridad. La fraternidad queda reducida en la sociedad actual a un barniz espiritual que se resume a tapar los huecos dejados por la esfera económica, único ámbito autosuficiente.

¿Y cómo lograr que el hombre no caiga en las luchas fratricidas por la contraposición de los intereses individuales? Haciendo prevalecer los intereses generales por sobre los intereses particulares (p. 72), tesis central que corona el texto. Superponiendo el interés de la mayoría a los mezquinos intereses de los poderosos o de los ociosos, la sociedad va a poder ser organizada de acuerdo con el talento de cada uno y atendiendo a la necesidad general.

* * *

La presente traducción se ha realizado sobre el texto de la primera edición.[18] También hemos consultado otras dos ediciones posteriores.[19] El breve prólogo que da inicio a la obra fue redactado por Olinde Rodrigues, según los editores

18. Saint-Simon, *Nouveau christianisme*, París, Bosange Père, 1825.

19. En *Œuvres…*, vol. 23, pp. 97-192, y Saint-Simon, *Nouveau christianisme*, París, Les Livres Français, s/f, que reproduce un prólogo de Olinde Rodrigues de 1832.

de las *Obras de Saint-Simon y Enfantin,*[20] aunque aparece sin firma. El mismo Rodrigues reeditó el *Nuevo cristianismo* en 1832 y reemplazó ese primer prólogo por otro, donde firma con su nombre y como "jefe de la religión saintsimoniana". En esas breves páginas reproduce las palabras de Saint-Simon en su lecho de muerte: con las críticas a la religión del medioevo,

> ...no hemos probado más que una cosa, y es que no estaba en armonía con el progreso de las ciencias positivas; pero nos equivocamos al concluir que el sistema religioso debía desaparecer enteramente: sólo debe ponerse de acuerdo con el progreso de las ciencias.[21]

El prólogo de 1825, entonces, introduce en forma directa la temática de la nueva religión, pero el de 1832 reconoce las contradicciones en torno del problema religioso del mismo creador de la nueva doctrina.

En el *Nuevo cristianismo* se encontrarán muchos otros tópicos de interés para evaluar la proyección y profundidad del pensamiento saintsimoniano: una descripción descarnada del rol que le cabe a la Iglesia católica en la actual sociedad mercantil, una muy particular visión de Alemania y de su filosofía, la distancia que pone Saint-Simon con las ideas igualitarias (comunistas) que empiezan a circular por la época, un resumen de sus ideas sobre la relación entre historia, ciencia y religión. En estos y otros puntos se podrá apreciar que el creador del nuevo cristianismo no dirige su mirada a los pequeños sucesos de su entorno sino que prefiere evaluar los acontecimientos en su larga duración y, sobre todo, que sabe captar dentro de los hechos aquellos

20. *Œuvres…*, p. 12.

21. *Nouveau christianisme*, París, Les Livres Français, p. 5.

que tienen que ver con la percepción que de los mismos han tenido las diferentes generaciones. Es decir que sabe evaluar la historia en su faz subjetiva o ideológica, teniendo siempre presente el trasfondo material, económico u objetivo de la historia. Esta capacidad es la que hizo de Saint-Simon el iniciador del *estudio* íntegro de la sociedad (la sociología), a través de su discípulo Auguste Comte, y el antecedente más importante de la *transformación política* de la sociedad, a través de la creación del socialismo francés y su influencia posterior en el joven Karl Marx.

HERNÁN DÍAZ

NUEVO CRISTIANISMO

Diálogos entre un conservador y un innovador

El que ama a los otros ha cumplido la ley… Todo se resume en estas palabras: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

San Pablo,
Epístola a los romanos

Prefacio

El texto que se va a leer estaba destinado a formar parte del segundo volumen de las *Opiniones literarias, filosóficas e industriales* pero, debido a circunstancias políticas actuales y a que el objeto que se trata aquí es muy importante en sí mismo, se ha juzgado conveniente publicarlo separadamente y en forma inmediata.

Convocar a pueblos y reyes a retomar el verdadero espíritu del cristianismo, ahora que todos se alejan cada vez más de él, que han sido promulgadas leyes sobre el sacrilegio y que católicos y protestantes, en Inglaterra, buscan los medios de terminar una lucha larga y penosa; al mismo tiempo, tratar de precisar la acción del sentimiento religioso en la sociedad, cuando todos lo experimentan o, al menos, sienten la necesidad de respetarlo en los demás, cuando los escritores más distinguidos se ocupan de determinar su origen, sus formas y sus progresos y, por otra parte, la teología busca ahogarlo bajo el peso de la superstición: ése es el objetivo principal que nos proponemos en los diálogos siguientes.

Los ministros de las diferentes sectas cristianas que se ven recíprocamente como heréticos, y todos lo son en diferentes grados, en el sentido verdadero y moral del

cristianismo, esos ministros, decimos, no tardarán en protestar contra semejante acusación y contra el escrito donde ha sido desarrollada. Pero no es a ellos a quienes se dirige principalmente este escrito: se dirige a todos aquellos que, en su carácter de católicos, de protestantes luteranos, de protestantes reformados, de anglicanos o incluso de israelitas, ven que la religión tiene como objeto esencial la moral; a todos los hombres que, admitiendo la mayor libertad de culto y de dogma, están lejos sin embargo de concebir la moral con ojos indiferentes y que sienten la necesidad continua de depurarla, de perfeccionarla y de extender su imperio sobre todas las clases de la sociedad, conservando un carácter religioso; a todos los hombres, en fin, que han captado lo que hay de verdaderamente sublime, de divino, en el primer cristianismo, la superioridad de la moral sobre todo el resto de la ley, es decir, sobre el culto y el dogma, y que al mismo tiempo comprenden que el culto y el dogma tienen por objeto atraer la atención de todos los fieles sobre la moral divina. Desde este punto de vista, la crítica del catolicismo, del protestantismo y de las otras sectas cristianas se vuelve indispensable, pues está demostrado que ninguna de esas sectas ha cumplido las ideas del fundador del cristianismo.

Este deseo de depurar la moral, de simplificar el culto y el dogma, empuja a muchas personas a proponer una secta particular del protestantismo, por ejemplo la religión llamada *reformada*, como pasaje inevitable a un nuevo orden de cosas en lo religioso o incluso como elección definitiva. Fundan su opinión en que esta religión particular se acerca más al espíritu del cristianismo que todas las otras, y por cierto se levantarán para rechazar todas las acusaciones que crean lanzadas contra el protestantismo.

Hay una sola palabra para responder a ese argumento: la especie humana no está condenada a la imitación, y sucede muy a menudo que, cuando nos damos cuenta de la ventaja que hubo, en una época anterior, para adoptar tal

opinión o tal institución, esta aprobación de lo que se hizo debe ir a la par del establecimiento de una opinión, de una institución aun superior, y todo error a este respecto es a la vez perjudicial y efímero.

En cuanto a las personas que no examinan las ideas sobre la divinidad y sobre la revelación más que como fórmulas que pudieron tener cierta utilidad en épocas de ignorancia y de barbarie, pero que encuentran antifilosófico el empleo de semejantes fórmulas en el siglo XIX, esas personas, que *con una risa volteriana* creen poder refutar al autor de este escrito, probablemente buscarán en sus sistemas pretendidamente filosóficos una fórmula de moral más general, más simple y más popular que la fórmula cristiana. Y si no encontraran para sustituirla más que la razón pura y la ley natural, revelada en lo más hondo de los corazones, ya no sostendrán seguramente una discusión de palabras. Además, no tardarían en darse cuenta cuánto hay de vago y de incierto en su lenguaje. Aunque dudaran de la excelencia sobrehumana del principio cristiano, al menos deberían respetarlo como el principio más general que los hombres hayan empleado jamás, como la teoría más elevada que haya sido producida desde hace dieciocho siglos.

Primer diálogo*

Conservador: –¿Creéis en Dios?

Innovador: –Así es, yo creo en Dios.

Conservador: –¿Creéis que la religión cristiana tenga un origen divino?

Innovador: –Sí, lo creo.

Conservador: –Si la religión cristiana es de origen divino, no es susceptible de perfeccionamiento; sin embargo, vos excitáis con vuestros escritos a los artistas, los industriales y los sabios a perfeccionar esta religión. Entráis entonces en contradicción con vos mismo, pues vuestra opinión y vuestra creencia se encuentran en oposición.

Innovador: –La oposición que creéis señalar entre mi opinión y mi creencia no es más que aparente: hay que distinguir lo que Dios ha dicho personalmente de lo que el clero ha dicho en su nombre.

Lo que Dios ha dicho ciertamente no es perfectible, pero lo que el clero ha dicho en nombre de Dios constituye una ciencia susceptible de perfeccionamiento, al igual que todas las otras ciencias humanas. La teoría de la teología necesita ser renovada en ciertas épocas, así como la teoría de la física, de la química y de la fisiología.

Conservador: –¿Cuál es la parte de la religión que creéis divina? ¿Cuál es la que consideráis humana?

Innovador: –Dios ha dicho: *los hombres deben tratarse como hermanos unos a otros*. Este principio sublime encierra todo lo que hay de divino en la religión cristiana.

Conservador: –¡Cómo! ¡Reducís a un único principio lo que hay de divino en el cristianismo!…

* Este primer diálogo es el único que llegó a escribir Saint-Simon. Si bien la obra se subtitula “Diálogos…” en plural y en el texto, como se verá, se traza el plan de los dos diálogos siguientes, la muerte impidió al autor cumplir con su promesa.

INNOVADOR: –Dios ha relacionado necesariamente todo a un único principio, dedujo todo necesariamente del mismo principio, sin el cual su voluntad con respecto a los hombres no habría sido sistemática. Sería una blasfemia pretender que el todopoderoso haya fundado su religión sobre muchos principios.

Ahora bien, según este principio que Dios dio a los hombres como regla de su conducta, éstos deben organizar su sociedad de la manera más ventajosa para el mayor número, deben proponerse como objetivo en todos sus trabajos, en todas sus acciones, mejorar lo más prontamente y lo más completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa.

Afirmo que en esto y solamente en esto consiste la parte divina de la religión cristiana.

CONSERVADOR: –Admito que Dios haya dado a los hombres sólo un principio, admito que les haya ordenado organizar su sociedad de manera de garantizar a la clase más pobre la mejora más pronta y más completa de su existencia moral y física, pero os haré observar que Dios ha dejado guías a la especie humana. Antes de volver a subir al cielo, Jesucristo encargó a sus apóstoles y sus sucesores dirigir la conducta de los hombres, indicándoles qué aplicaciones debían hacer del principio fundamental de la moral divina y facilitándoles los medios de extraer las consecuencias más justas.

¿Reconocéis a la iglesia como una institución divina?

INNOVADOR: –Yo creo que Dios fundó él mismo la iglesia cristiana. Estoy penetrado del más profundo respeto y de la mayor admiración por la conducta de los padres de esta iglesia.

Los jefes de la iglesia primitiva predicaron francamente la unión de todos los pueblos, los comprometieron a vivir entre ellos de una manera pacífica, declararon positivamente y con la mayor energía a los hombres poderosos que su primer deber era emplear todos sus medios en el mejoramiento más rápido posible de la existencia moral y física

de los pobres. Esos jefes de la iglesia primitiva han escrito el mejor libro que haya sido jamás publicado, el *Catecismo primitivo*, en el cual dividieron las acciones de los hombres en dos clases: las buenas y las malas, es decir, las que son conformes al principio fundamental de la moral divina y las que son contrarias a este principio.

CONSERVADOR: –Precisad más vuestra idea y decidme si creéis que la iglesia cristiana es infalible.

INNOVADOR: –Cuando la iglesia tiene como jefes a los hombres más capaces para dirigir las fuerzas de la sociedad hacia el objetivo divino, creo que puede sin inconveniente ser reputada de infalible, y la sociedad actúa sabiamente dejándose conducir por ella.

Considero a los padres de la iglesia como infalibles para la época en que vivieron, mientras que el clero me parece hoy, de todas las corporaciones constituidas, la que comete los mayores errores, los errores más perjudiciales a la sociedad, aquella cuya conducta se encuentra más directamente en oposición con el principio fundamental de la moral divina.

CONSERVADOR: –¿La religión cristiana se encuentra entonces, según vos, en una muy mala situación?

INNOVADOR: –Al contrario, jamás ha existido un número tan grande de buenos cristianos, pero hoy en día pertenecen casi todos a la clase de los laicos. La religión cristiana perdió, a partir del siglo XV*, su unidad de acción. Desde esa época no existe más clero cristiano, todos los cleros que buscan hoy injertar sus opiniones, sus morales, sus cultos y sus dogmas sobre el principio moral que los hombres

* En el texto hay una aparente vacilación en cuanto al comienzo de la decadencia de la Iglesia cristiana: se menciona aquí el siglo XV, pero luego también fines del XIV y comienzos del XVI. Como más adelante se podrá leer (pp. 44-46 y 72-73 y ss.), Saint-Simon parece estar caracterizando un largo proceso, consumado con el papado de León X y el cisma de Lutero, en el primer tercio del siglo XVI. [N. del T.]

han recibido de Dios son heréticos, pues sus opiniones, sus morales, sus dogmas y sus cultos se encuentran, en mayor o menor grado, opuestos a la moral divina. El clero más pujante de todos es también aquel cuya herejía es la más fuerte.

CONSERVADOR: –¿En qué se transformará la religión cristiana si, como vos pensáis, los hombres encargados de enseñarla se han vuelto heréticos?

INNOVADOR: –El cristianismo llegará a ser la religión universal y única, los asiáticos y los africanos se convertirán, los miembros del clero europeo se volverán buenos cristianos y abandonarán las diferentes herejías que profesan hoy. La verdadera doctrina del cristianismo, es decir, la doctrina más general que pueda ser deducida del principio fundamental de la moral divina, será producida e inmediatamente cesarán las diferencias que existen en las opiniones religiosas.

La primera doctrina cristiana dio a la sociedad sólo una organización parcial y muy incompleta. Los derechos de César permanecieron independientes de los derechos atribuidos a la iglesia. *Dad al César lo que es del César*: tal es la famosa máxima que separó los dos poderes. El poder temporal continuó basado sobre la ley del más fuerte, mientras que la iglesia sostuvo que la sociedad debía reconocer como legítimas sólo las instituciones que tuvieran por objeto el mejoramiento de la existencia de la clase más pobre.

La nueva organización cristiana deducirá las instituciones temporales, así como las instituciones espirituales, del principio que dice que *todos los hombres deben tratarse unos a otros como hermanos*. Dirigirá todas las instituciones, de cualquier naturaleza que fueran, hacia el acrecentamiento del bienestar de la clase más pobre.

CONSERVADOR: –¿Sobre qué hechos fundáis vuestra opinión? ¿Quién os autoriza a creer que un mismo principio moral se transformará en el regulador único de todas las sociedades humanas?

INNOVADOR: –La moral más general, la moral divina, debe llegar a ser la moral única: es la consecuencia de su naturaleza y de su origen. El pueblo de Dios, aquel que había recibido las revelaciones antes de la aparición de Jesús, el que más se ha expandido por la superficie del globo, supo siempre que la doctrina cristiana, fundada por los padres de la iglesia, era incompleta. Proclamó siempre que llegaría una época grande, a la que llamaron época *del Mesías*, en que la doctrina religiosa sería presentada con toda la generalidad de la que era susceptible; que ella regularía igualmente la acción del poder temporal y la del poder espiritual y que, entonces, toda la especie humana tendría una sola religión, una sola organización.

En fin, concibo claramente la nueva doctrina cristiana y voy a producirla. Luego, pasaré revista a todas las instituciones espirituales y temporales que existen en Inglaterra, en Francia, en la Alemania del norte y la del sur, en Italia, en España y en Rusia, en la América septentrional y en la América meridional. Compararé las doctrinas de estas diferentes instituciones con la que se deduce directamente del principio fundamental de la moral divina y haré comprender fácilmente a todos los hombres de buena fe y buenas intenciones que si todas estas instituciones estuvieran dirigidas hacia el objetivo de la mejora del bienestar moral y físico de la clase más pobre, producirían la prosperidad de todas las clases de la sociedad, de todas las naciones, con la mayor velocidad posible.

Soy innovador porque extraigo consecuencias más directas, como no se lo había hecho hasta hoy, del principio fundamental de la moral divina. Vos que, celoso como yo por el bien público, estáis animado por un espíritu de conservación, limitáis vuestra tarea a impedir que los hombres pierdan de vista el principio mismo que yo quiero desarrollar. Y bien, reunamos nuestros esfuerzos. Yo produciré mis ideas, combatidlas cuando os parezca que me desvío de la dirección dada a los hombres por el todopoderoso.

Emprendo esta gran obra con entera confianza. El mejor teólogo es aquel que hace las aplicaciones más generales del principio fundamental de la moral divina; el mejor teólogo es el verdadero Papa, es el vicario de Dios sobre la tierra. Si las consecuencias que voy a presentar son justas, si la doctrina que voy a exponer es buena, yo habré hablado en nombre de Dios.

Entro en materia. Comenzaré por examinar las diferentes religiones que existen hoy en día, compararé sus doctrinas con la que se deduce directamente del principio fundamental de la moral divina.

De las religiones

El nuevo cristianismo estará compuesto de partes muy semejantes a las que forman hoy las diversas asociaciones heréticas que existen en Europa y en América.

El nuevo cristianismo, al igual que las asociaciones heréticas, tendrá su moral, su culto y su dogma; tendrá su clero, y el clero tendrá sus jefes. Pero, a pesar de esta similitud de organización, el nuevo cristianismo se encontrará purgado de todas las herejías actuales; la doctrina de la moral será considerada por los nuevos cristianos como la más importante; el culto y el dogma no serán considerados por ellos más que como accesorios cuyo objeto principal será atraer la atención de los fieles de todas las clases hacia la moral.

En el nuevo cristianismo, toda la moral será deducida directamente de este principio: *los hombres deben tratarse unos a otros como hermanos*. Y este principio, que pertenece al cristianismo primitivo, experimentará una *transfiguración* según la cual será presentado como la meta necesaria de todos los trabajos religiosos.

Este principio regenerado será presentado de la manera siguiente: *la religión debe dirigir la sociedad hacia el gran objetivo de la mejora más rápida posible de la suerte de la clase más pobre*.

Aquellos que deban fundar el nuevo cristianismo y constituirse como jefes de la nueva iglesia son los hombres más capaces de contribuir por sus trabajos al acrecentamiento del bienestar de la clase más pobre. Las funciones del clero se reducirán a enseñar la nueva doctrina cristiana, por cuyo perfeccionamiento los jefes de la iglesia trabajarán sin descanso.

Éste es, en pocas palabras, el carácter que debe desarrollar, en las circunstancias presentes, el verdadero cristianismo. Vamos a comparar esta concepción de institución religiosa con las religiones que existen en Europa y en América: con esta comparación demostraremos fácilmente que todas las religiones pretendidamente cristianas que se profesan hoy no son más que herejías, es decir que no tienden directamente a la mejora más rápida posible del bienestar de la clase más pobre, que es la meta única del cristianismo.

De la religión católica

La asociación católica, apostólica y romana es la más numerosa de todas las asociaciones religiosas europeas y americanas. Posee todavía muchas y grandes ventajas sobre todas las otras sectas a las que se han unido los habitantes de estos dos continentes.

Ha sido la sucesora de la asociación cristiana, lo cual le da un cierto *barniz* de ortodoxia.

Su clero heredó una gran parte de las riquezas que el clero cristiano había conquistado en las numerosas victorias conseguidas durante quince siglos, combatiendo por la aristocracia de los talentos contra la aristocracia del nacimiento y haciendo valer la supremacía religiosa de los hombres pacíficos sobre los militares.

Los jefes de la iglesia católica han conservado la soberanía de la ciudad que, desde hace más de veinte siglos, dominó sobre el mundo en forma constante, primero por la fuerza de las armas, luego por la omnipotencia de la moral divina.

Y en el Vaticano los jesuitas combinan hoy los medios para dominar a toda la especie humana, a través de un odioso sistema de mistificaciones y astucias.

La asociación católica, apostólica y romana aún es indiscutiblemente muy poderosa, aunque haya decaído considerablemente desde el pontificado de León X*, que fue su fundador. Pero la fuerza que esta asociación posee no es más que una fuerza material, y no es sino por medio de la astucia como se sigue sosteniendo. La fuerza espiritual, la fuerza de la moral, la fuerza cristiana, la que da franqueza y lealtad, le faltan enteramente. En una palabra, la religión católica, apostólica y romana no es otra cosa que una herejía cristiana, no es más que una porción del cristianismo degenerado.

Afirmo que los católicos son heréticos y lo demostraré. Demostraré que el renacimiento del cristianismo aniquilará la inquisición y eliminará la sociedad de los jesuitas así como sus doctrinas maquiavélicas.

El verdadero cristianismo ordena a todos los hombres conducirse como hermanos unos con respecto a otros. Jesucristo prometió la vida eterna para aquellos que más hubieran contribuido a la mejora de la existencia de la clase más pobre en el aspecto moral y en el aspecto físico.

De esa manera, los jefes de la iglesia cristiana deben ser elegidos entre los hombres más capaces de dirigir los trabajos que tengan por objeto el acrecentamiento del bienestar de la clase más numerosa. Asimismo el clero debe ocuparse principalmente de enseñar a los fieles la conducta que deben seguir para acelerar el bienestar de la mayoría de la población.

Examinemos ahora cómo ha estado compuesto el sacro

* Giovanni de Medici (1475-1521), nombrado Papa como León X en 1513. Protegió las artes y las letras, reformó el colegio cardenalicio, afirmó el poder temporal del Vaticano y enfrentó la reforma de Lutero, a quien excomulgó en 1520. [N. del T.]

colegio desde León X, fundador de la iglesia católica, apostólica y romana; examinemos los conocimientos que este colegio exige de parte de aquellos a quienes otorga el sacerdocio, veamos cuáles son las mejoras morales y físicas que la clase pobre ha experimentado en los estados eclesiásticos que deberían servir de modelo a los otros gobiernos; examinemos en fin en qué consiste la enseñanza dada por el clero católico a los fieles de su comunión.

Yo intimo al Papa, que se dice cristiano, que pretende ser infalible, que toma el título de vicario de Jesucristo, a responder claramente y sin emplear ninguna locución mística las cuatro acusaciones de herejía que dirigiré contra la iglesia católica.

Yo acuso al Papa y su iglesia de herejía en este primer punto:

La enseñanza que el clero católico da a los laicos de su comunión es viciosa, no dirige sus conductas en la vía del cristianismo.

La religión cristiana propone a los fieles como meta terrestre la mejora más rápida posible de la existencia moral y física del pobre. Jesucristo prometió la vida eterna a los que trabajen con mayor celo en el acrecentamiento del bienestar de la clase más numerosa. El clero católico, así como todos los cleros, tiene entonces como misión excitar el fervor de todos los miembros de la sociedad hacia los trabajos de utilidad general.

De esa manera, todos los cleros deben utilizar sus medios intelectuales y su talento, en sus sermones y en sus conversaciones familiares, para demostrar a los laicos de su misma creencia que la mejora de la existencia de la última clase entraña necesariamente el acrecentamiento del bienestar real y positivo de las clases superiores. Pues Dios mira a todos los hombres, incluso a los ricos, como sus hijos.

Así los diferentes cleros deben, en la enseñanza que dan a los niños, en las predicaciones a los fieles, en las oraciones

que elevan al cielo, así como en todas las secciones de sus cultos y de sus dogmas, atraer la atención de sus auditorios hacia este hecho importante: que *la inmensa mayoría de la población podría gozar de una existencia moral y física mucho más satisfactoria que la que ha gozado hasta hoy, y que los ricos, acrecentando la felicidad de los pobres, mejorarían su propia existencia*.

Ésa es la conducta que el verdadero cristianismo dicta al clero. Nos será fácil ahora poner en evidencia los vicios de la instrucción dada por el clero católico a los que siguen su creencia.

Recórrase la totalidad de las obras escritas sobre el dogma católico con aprobación del Papa y de su sagrado colegio, examínese la totalidad de las oraciones consagradas por los jefes de la iglesia para ser recitadas por los fieles, tanto laicos como eclesiásticos, y en ninguna parte se encontrará el objetivo de la religión cristiana claramente designado. Las ideas de moral se encuentran en pequeño número en esos escritos y no forman de ningún modo un cuerpo doctrinario, están desperdigadas en una inmensa cantidad de volúmenes que se componen esencialmente de repeticiones fastidiosas de algunas concepciones místicas, concepciones que no pueden de ninguna manera servir de guía y cuya naturaleza, al contrario, es hacer perder de vista los principios de la sublime moral de Cristo.

Sería injusto dirigir una acusación de incoherencia contra la inmensa colección de oraciones católicas consagradas por el Papa. Debemos reconocer que la elección de esas oraciones ha estado dirigida por una concepción sistemática, debemos reconocer que el sagrado colegio dirigió a todos los fieles hacia una misma meta, pero es evidente que esta meta tiene poco que ver con la meta cristiana, es una meta herética y consiste en persuadir a los laicos de que no están en condiciones de conducirse por su propia inteligencia y deben dejarse dirigir por el clero, *sin que el clero esté obligado a poseer una capacidad superior a la de ellos*.

Todas las partes del culto, así como todos los principios del dogma católico, tienen evidentemente por objeto someter a los laicos a una dependencia absoluta del clero.

La primera acusación de herejía que planteo contra el Papa y contra su iglesia, sobre la mala instrucción que dan a los católicos, está entonces fundamentada.

Yo acuso al Papa y a los cardenales de ser heréticos en este segundo punto:

Yo los acuso de no poseer los conocimientos necesarios para ser capaces de dirigir a los fieles en el camino de su salvación.

Yo los acuso de dar una mala educación a los seminaristas y de no exigirles a los que entran al sacerdocio la instrucción necesaria para llegar a ser dignos pastores, pastores capaces de dirigir sabiamente a los rebaños que les serán confiados.

La teología es la única ciencia que se enseña en los seminarios; la teología es la única ciencia que el Papa y los cardenales se creen obligados a cultivar; la teología es la única ciencia que los jefes del clero exigen a todos los que están destinados a dirigir la conducta de los fieles: curas, obispos, arzobispos, etcétera.

Ahora bien, me pregunto qué es la teología y encuentro que es la ciencia de la argumentación sobre las cuestiones relativas al dogma y al culto.

Esta ciencia es indiscutiblemente la más importante de todas para los cleros heréticos, visto que ella les otorga el medio de captar la atención de los fieles sobre minucias y de hacer perder de vista a los cristianos el gran objetivo terrestre que deben proponerse para obtener la vida eterna, es decir, la mejora más rápida posible de la existencia moral y física de la clase pobre.

Pero la teología no debería tener gran importancia para un clero verdaderamente cristiano, que debe considerar el culto y el dogma solamente como accesorios religiosos, debe presentar sólo a la moral como verdadera doctrina religiosa

y no emplear el dogma y el culto más que como medios a menudo útiles para atraer la atención de todos los cristianos sobre aquélla.

El clero romano ha sido ortodoxo hasta el advenimiento de León X al trono papal, porque hasta esa época ha sido superior a los laicos en todas las ciencias cuyos progresos contribuyeron al acrecentamiento del bienestar de la clase más pobre. Desde entonces se volvió herético, porque sólo cultivó la teología y se dejó sobrepasar por los laicos en las bellas artes, en las ciencias exactas y en todo lo referente a la capacidad industrial.

La acusación de herejía que dirijo contra el Papa y contra los cardenales, en razón del mal uso que hacen de su inteligencia y de la mala educación que dan a los seminaristas, está entonces fundamentada.

Yo acuso al Papa de conducirse como hereje en este tercer punto: yo lo acuso de tener una conducta gubernamental, más contraria a los intereses morales y físicos de la clase indigente de sus súbditos temporales que la de cualquier príncipe laico hacia sus súbditos pobres.

Recórrase toda Europa y se reconocerá que la población de los estados eclesiásticos es aquella donde la administración de los intereses públicos es la más viciosa y la más anticristiana.

Terrenos considerables, que forman parte del dominio de san Pedro y que otorgaban antaño abundantes cosechas, se han convertido en pantanos pestilenciales por la negligencia del gobierno papal.

Una gran parte del territorio, la que no ha sido invadida por las aguas, permanece sin cultivar, lo cual no debe ser atribuido a la ingratitud del suelo sino más bien a la poca ventaja que procura la profesión de labrador en los estados eclesiásticos: al no ofrecer esta profesión ni consideración ni beneficios suficientes, es poco solicitada. Los hombres que se sienten capaces de ejercerla o que poseen capitales no se dedican a ella. El Papa se ha reservado el monopolio no

solamente de todos los productos importantes de la cultura sino también de todos los objetos de primera necesidad, y concede el ejercicio de este monopolio a aquellos cardenales que consiguen llegar a ser sus favoritos.[1]

En fin, no existe en los estados eclesiásticos ninguna actividad de fabricación, aunque la baratura de la mano de obra podría hacer que el establecimiento de manufacturas fuera allí muy ventajoso. Ello obedece únicamente a los vicios de la administración.

Todas las ramas de la industria se encuentran paralizadas. Los pobres no tienen trabajo y morirían de hambre si los establecimientos eclesiásticos, es decir el gobierno, no los alimentara. Los pobres, alimentados por caridad, están mal alimentados. Así su existencia es desgraciada en el aspecto físico.

Pero son aun más desgraciados en el aspecto moral, pues viven en la ociosidad, que es la madre de todos los vicios y de todo el bandolerismo del que está infestado ese país.

La tercera acusación de herejía que dirijo contra el Papa, en razón de la manera viciosa y anticristiana como gobierna a sus súbditos temporales, está entonces fundamentada.

1. En este aspecto fundamental de la existencia social, la administración papal es incluso más viciosa que la del Gran Turco. Citaré un ejemplo reciente: un panadero de Roma fue condenado a una fuerte multa por haber vendido pan a un precio ilegal. El motivo de la condena de ningún modo obedecía a que el vendedor hubiera engañado al cliente entregándole una cantidad inferior a la que éste debía recibir; el castigo tenía una causa absolutamente opuesta. El delito consistía en haberse vuelto culpable con respecto a los otros vendedores, tratando demasiado ventajosamente a los compradores.

La explicación de este juicio inicuo es muy fácil: la casi totalidad de las panaderías de Roma pertenecen a cardenales, que en consecuencia tienen interés en vender el pan lo más caro posible y ven como un crimen todo aquello que disminuya sus beneficios.

Yo acuso al Papa y a todos los cardenales actuales, yo acuso a todos los papas y a todos los cardenales que han existido desde el siglo XV, de ser y de haber sido heréticos en el siguiente cuarto punto:

Yo los acuso primero por haber aceptado la formación de dos instituciones diametralmente opuestas al espíritu del cristianismo: la inquisición y los jesuitas; seguidamente yo los acuso de haber acordado, desde esa época, casi sin interrupción, su protección a esas dos instituciones.

El espíritu del cristianismo es la dulzura, la bondad, la caridad y, por encima de todo, la lealtad. Sus armas son la persuasión y la demostración.

El espíritu de la inquisición es el despotismo y la codicia, sus armas son la violencia y la crueldad; el espíritu de la corporación de los jesuitas es el egoísmo y es por medio de la astucia que se esfuerzan por arribar a su objetivo, que es el de ejercer una dominación general tanto sobre los eclesiásticos como sobre los laicos.

La concepción de la inquisición ha sido radicalmente viciosa y anticristiana. Aun cuando los inquisidores no hubiesen hecho perecer en sus autos de fe más que a personas culpables de oponerse a la mejora de la existencia moral y física de la clase pobre, incluso en ese caso (que habría conducido a todo el sagrado colegio a la hoguera) habrían actuado como herejes, pues Jesús jamás admitió excepción cuando le prohibió a su iglesia utilizar la violencia. Pero la herejía de los inquisidores habría podido ser considerada venial en comparación con la que profesaron en sus atroces funciones.

Las condenas pronunciadas por la inquisición no tuvieron jamás otro motivo que pretendidos delitos contra el dogma o contra el culto, que deberían haber sido considerados sólo faltas leves y no crímenes dignos de la pena capital.

Esas condenas tuvieron siempre por objeto volver al clero católico todopoderoso, sacrificando la clase de los pobres a los laicos ricos e investidos de poder, a condición de que

estos últimos aceptaran ellos mismos dejarse dominar en todo sentido por los eclesiásticos.

En cuanto a la compañía de Jesús, el célebre Pascal analizó tan bien su espíritu, su conducta y sus intenciones que debo limitarme a reenviar a los fieles a la lectura de las *Cartas provinciales*. Agregaré solamente que la nueva compañía de Jesús es infinitamente más despreciable que la antigua, pues tiende a restablecer la preponderancia del culto y del dogma sobre la moral, preponderancia que había sido aniquilada por la revolución, mientras que los primeros jesuitas se esforzaban solamente por prolongar la existencia de los abusos que habían sido introducidos en la iglesia a ese respecto.

Los antiguos jesuitas defendieron un orden de cosas que existía, los nuevos se insurreccionan contra el nuevo orden de cosas que tiende a establecerse, más moral que el antiguo.

Los misioneros actuales son verdaderos anticristos, pues predican una moral absolutamente opuesta a la del Evangelio. Los apóstoles han sido los abogados de los pobres, los misioneros son los abogados de los ricos y de los poderosos contra los pobres, que ya no encuentran defensores sino entre los moralistas laicos.

De la religión protestante

El espíritu europeo había tomado un gran impulso en el siglo XV: grandes descubrimientos, rápidos progresos de una utilidad positiva se habían efectuado en todas las direcciones, y esos descubrimientos, así como esos progresos, se debían casi enteramente a los trabajos de los laicos.

El descubrimiento de América se debió al genio perseverante de Cristóbal Colón; los laicos portugueses habían abierto una nueva ruta hacia la India doblando el cabo de Buena Esperanza; la imprenta había sido descubierta y

perfeccionada por laicos; Dante, Ariosto y Tasso eran laicos; Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci eran igualmente laicos; y las tres grandes leyes, por medio de las cuales Newton calculó de allí en más todos los fenómenos celestes, habían sido inventadas por Kepler, que era laico.

Los Medici, que habían ampliado y activado el comercio europeo, que habían perfeccionado la agricultura y la fabricación, eran laicos, y habían adquirido una importancia social tal que su familia se había elevado al rango de las casas soberanas y, además, jugaba un rol por así decir preponderante en el poder temporal.

Los laicos habían entonces adquirido una superioridad positiva sobre los eclesiásticos, al mismo tiempo que las ciencias consideradas profanas habían sobrepasado los límites en los que estaban encerradas las consecuencias que había sacado la iglesia de los principios de la moral divina fundados por Jesús. El Papa y los cardenales no poseían ya la capacidad suficiente para dirigir al clero cristiano, y éste no se encontraba ya en estado de conducir a la masa de los fieles.

En otro aspecto, la corte de Roma perdió en esta época una gran parte del apoyo que había encontrado hasta ese momento en la clase de los plebeyos contra la de los patricios, y en la clase de los comunes contra los nobles y contra el poder feudal.

El divino fundador del cristianismo había recomendado a sus apóstoles trabajar sin descanso en educar a las últimas clases de la sociedad y en disminuir la importancia de aquellas que se encontraran investidas del derecho de dirigir y de hacer la ley.

Hasta el siglo XV, la iglesia había seguido con bastante fidelidad esta dirección cristiana, casi todos los cardenales y todos los papas habían salido de la clase plebeya y, a menudo, se los había visto provenir de familias dedicadas a las profesiones más subalternas.

Por esta política, el clero había tendido cada vez más

a disminuir la importancia y la consideración de la aristocracia de nacimiento y a superponerle la aristocracia de los talentos. A fines del siglo XIV, el sagrado colegio cambia enteramente de aspecto: renuncia a la dirección cristiana para adoptar una política completamente mundana, el poder espiritual deja de luchar con el poder temporal, ya no se identifica con las últimas clases de la sociedad, ya no trabaja para darles importancia, no se esfuerza más en superponer la aristocracia de los talentos a la de los nacimientos, se traza un plan de conducta cuyo objeto es conservar la importancia y las riquezas adquiridas por los trabajos de la iglesia militante y gozar de ellas sin tomarse ningún trabajo y sin llenar ninguna función verdaderamente útil a la sociedad.

Para alcanzar su objetivo, el sagrado colegio se coloca bajo la protección del poder temporal, con el cual había luchado hasta ese momento. Realiza con los reyes este pacto impío: *Nosotros emplearemos toda la influencia que podamos ejercer sobre los fieles para establecer en vuestro favor un poder arbitrario; os declararemos reyes por la gracia de Dios; enseñaremos el dogma de la obediencia pasiva; estableceremos la inquisición, por medio de la cual tendréis a vuestra disposición un tribunal que no será sometido a ninguna formalidad; instituiremos un nuevo orden religioso al cual daremos el título de* Sociedad de Jesús. *Esta sociedad establecerá un dogma diametralmente opuesto al del cristianismo y se encargará de hacer prevalecer ante los ojos de Dios los intereses de los ricos y de los poderosos sobre los intereses de los pobres.*

A cambio de nuestros servicios, a cambio de la dependencia en la que consentimos ponernos con respecto a vuestro poder temporal (cuyo origen es impío, pues sus derechos han estado fundados primitivamente en la ley del más fuerte) y como recompensa de nuestra traición hacia la clase más pobre, pues nuestro divino fundador nos había encargado defender sus intereses y hacer valer sus derechos, os pedimos

conservar nuestras propiedades, que fueron el fruto de los trabajos apostólicos de la iglesia militante, os pedimos seguir disfrutando de los privilegios honoríficos y pecuniarios que le fueron concedidos por vuestros predecesores.

Este pacto sacrílego, concebido por el sagrado colegio a fines del siglo XV, ya se había ejecutado, en cuanto a sus cláusulas principales, a comienzos del XVI.

Fue en esta época cuando León X llegó al trono papal, acontecimiento destacable en los fastos de la religión y al que hasta hoy los filósofos cristianos no le han prestado suficiente atención.

Los primeros jefes de la iglesia habían sido nombrados por todos los fieles y el único motivo que determinó su nominación consistió en ser los más esforzados en pro del bien de los pobres y los más capaces de descubrir los medios de mejorar la existencia moral y física de la clase más numerosa.

Cuando los jefes del clero hubieron obtenido la soberanía de Roma e hicieron de ella la capital del mundo cristiano, cuando hubieron centralizado el poder sacerdotal en manos de un Papa, el motivo que determinó la elección de los pontífices fue principalmente que el candidato al que el sagrado colegio acordaba la preferencia era aquel que poseyera en mayor grado la capacidad necesaria para aplastar la aristocracia del nacimiento bajo el peso de la aristocracia de los talentos.

Pero los motivos que determinaron la elección de León X fueron diferentes e incluso opuestos a los que habían guiado a los electores precedentes, cuyas intenciones habían sido más o menos cristianas: los cardenales, en esta ocasión, actuaron conforme al plan de conducta que habían adoptado y que yo expuse antes: el único objetivo que se propusieron fue que el clero conserve sus riquezas y acreciente sus goces mundanos.

León X era de la misma pasta que los reyes y, en consecuencia, no era adecuado para ser Papa. En efecto, toda su

conducta demostró que él apreciaba mucho más sus derechos de nacimiento que los que había adquirido con el papado. Organizó el servicio de honor hacia su persona sobre la base de una corte que tenía un jefe laico. Su hermana tuvo en Roma una mansión y un entorno de princesa, no en razón de su parentesco cercano con el Papa sino en su calidad de hija del príncipe laico más importante de Italia.

León X protegió a los poetas, los pintores, los arquitectos, los escultores y los sabios; protegió a todos los griegos eruditos que se refugiaron en Italia en esta época; pero los protegió en tanto príncipe temporal y únicamente para procurarse deleites y dar un lustre mundano a su reino. Un verdadero Papa habría aprovechado el impulso que el espíritu europeo tomaba en ese momento en todas las direcciones importantes para combinar los esfuerzos de los sabios, de los artistas y de los jefes de las grandes empresas industriales, con los intereses del clero y con los de los pobres, contra las pretensiones hereditarias del poder temporal, cuyo origen es impío, como ya lo he dicho antes, pues sus derechos primitivos han sido fundados sobre el derecho de conquista, es decir, sobre la ley del más fuerte.

Las primeras indulgencias habían sido acordadas en recompensa de trabajos útiles a la sociedad, tales como la construcción de puentes, grandes caminos, etc.; las indulgencias acordadas posteriormente habían sido concedidas a los fieles en una época en que el poder papal, que había adquirido grandes riquezas y una autoridad temporal, ya había comenzado a demoralizarse. Los papas habían desviado de su destino primitivo las sumas provenientes de la venta de las indulgencias y las habían empleado en satisfacer sus propias fantasías o en secundar la ambición sacerdotal, pero siempre habían tenido cuidado de dar a sus acciones un objetivo aparente de bien público.

León X cambió enteramente de conducta: se sacó la máscara y declaró públicamente que el producto de las indulgencias plenarias, que encargaba vender a los dominicos

a cuenta de la Santa Sede, sería empleado en los gastos de vestimenta de su hermana.

León X emprendió la explotación del papado como si éste hubiera sido una potencia esencialmente temporal. Quería gravar con impuestos a todos los fieles de la misma manera como hubiera podido hacerlo un príncipe laico.

En sus relaciones diplomáticas con Carlos V, León X se desenvolvió más como príncipe de la casa de Medici que como Papa. Resultó de ello que el papado ya no inspiró inquietud al emperador y que Carlos V, no sintiéndose ya contenido por la fuerza eclesiástica, que era la única que podía oponer una barrera a la ambición de los príncipes laicos, concibió el proyecto de establecer en su provecho una monarquía universal, proyecto que ha sido renovado por Luis XVI y por Napoleón Bonaparte, mientras que ningún príncipe laico europeo, desde Carlomagno hasta el siglo XVI, había intentado su ejecución.

Ésa era la situación en la cual se encontraba la única religión que existía entonces en Europa, cuando Lutero comenzó su insurrección contra la corte de Roma.

Los trabajos de este reformador se dividieron naturalmente en dos partes: una crítica, con relación a la religión papal; otra que tenía por objeto el establecimiento de una religión distinta de la que dirigía la corte de Roma.

La primera parte de los trabajos de Lutero pudo ser y fue completa. Con su crítica de la corte de Roma, Lutero rindió un servicio capital a la civilización. Sin él, el papismo hubiera avasallado completamente el espíritu humano a las ideas supersticiosas, haciendo que la moral se perdiera de vista totalmente. A Lutero debemos la disolución de un poder espiritual que no estaba ya en relación con el estado de la sociedad. Pero Lutero no podía combatir las doctrinas ultramontanas sin tratar de reorganizar él mismo la religión cristiana. Es en esta segunda parte de su reforma, es en la parte orgánica de sus trabajos, donde Lutero dejó mucho trabajo a sus sucesores: la religión protestante, tal como

Lutero la concibió, no es aun más que una herejía cristiana. Ciertamente Lutero tenía razón al decir que la corte de Roma había abandonado la dirección dada por Jesús a sus apóstoles; ciertamente tenía razón de proclamar que el culto y el dogma establecidos por los papas no eran en nada adecuados para atraer la atención de los fieles hacia la moral cristiana y que, al contrario, eran de tal naturaleza que sólo se los podía considerar un accesorio de la religión. Pero a partir de esas dos verdades incontestables, Lutero no tenía derecho de concluir que la moral debía ser enseñada a los fieles de su tiempo de la misma manera como lo había sido por los padres de la iglesia a sus contemporáneos. Tampoco tenía derecho de extraer de ello la consecuencia de que el culto debía ser despojado de todos sus encantos con los que las bellas artes lo pueden enriquecer.

La parte dogmática de la reforma de Lutero quedó inacabada, incompleta, y necesita sufrir ella misma una reforma.

Yo acuso a los luteranos de ser heréticos en este primer punto: yo los acuso de haber adoptado una moral que es muy inferior a la que puede convenir a los cristianos en el estado actual de su civilización.

Puesto que la opinión pública de los europeos es favorable al protestantismo mientras que es contraria al catolicismo, debo establecer la demostración de la herejía protestante con gran severidad, lo cual me obliga a tratar esta cuestión de una manera muy general.

Jesús había dado a sus apóstoles y a sus sucesores la misión de organizar la especie humana de la manera más favorable a la mejoría de la suerte de los pobres. Había recomendado al mismo tiempo a su iglesia no emplear sino las vías de la dulzura, la persuasión y la demostración para arribar a esa meta.

Mucho tiempo y muchos trabajos diferentes eran necesarios para que esta tarea se cumpliera; por tanto, no debemos sorprendernos al ver que aún no esté consumada.

¿Cuál es la parte de esta tarea que le tocaba a Lutero? ¿Cómo la llevó a cabo? Ésos son los dos puntos que debo aclarar.

Para llegar a ello, voy a examinar sucesivamente cuatro grandes hechos:

1) Cuál era el estado de la organización social cuando Jesús dio a sus apóstoles la misión de reorganizar la especie humana.
2) Cuál era el estado de la organización social en la época en que Lutero efectuó su reforma.
3) Cuál era la reforma completa que necesitaba la religión papal para retomar la dirección dada por Jesús a sus apóstoles, cuando Lutero efectuó su insurrección contra la corte de Roma.
4) En qué consiste la reforma de Lutero.

Del análisis de estas cuatro grandes cuestiones se deducirá naturalmente la conclusión de que los luteranos son heréticos.

1) En la época en que Jesús confió a sus apóstoles la sublime misión de organizar la especie humana en interés de la clase más pobre, la civilización estaba aún en su infancia.

La sociedad estaba dividida en dos grandes clases: la de los amos y la de los esclavos. La clase de los amos estaba dividida en dos castas, la de los patricios, que hacían la ley y ocupaban todos los empleos importantes, y la de los plebeyos, que debían obedecer la ley, aunque no la hubiesen hecho, y no cubrían en general más que empleos subalternos. Los más grandes filósofos no concebían que la organización social pudiera tener otras bases.

No existía aún sistema moral, pues todavía nadie había encontrado los medios de relacionar todos los principios de esta ciencia a un único principio.

No existía aún sistema religioso, pues todas las creencias públicas admitían una multitud de dioses, que inspiraban a los hombres sentimientos diferentes e incluso opuestos entre sí.

El corazón del hombre aún no se había elevado a sentimientos filantrópicos. El sentimiento patriótico era el que con mayor frecuencia experimentaban las almas más generosas, y el sentimiento patriótico estaba extremadamente circunscripto, por la poca extensión de los territorios y la escasa importancia de las poblaciones entre las naciones de la antigüedad.

Una sola nación, la nación romana, dominaba todas las otras y las gobernaba arbitrariamente.

Las dimensiones del planeta no eran en absoluto conocidas, de manera que no se podía concebir ningún plan general de mejora para la propiedad territorial de la especie humana.

En una palabra, el cristianismo, su moral, su culto y su dogma, sus partidarios y sus ministros, comenzaron por encontrarse completamente fuera de la organización social, así como de los usos y costumbres de la sociedad.

2) En la época en que Lutero efectuó su reforma, la civilización había hecho grandes progresos. Desde el establecimiento del cristianismo, la sociedad había cambiado enteramente de aspecto. La organización social se encontraba fundada sobre nuevas bases. La esclavitud estaba casi enteramente abolida; los patricios no poseían ya con exclusividad el derecho de hacer las leyes, no ocupaban ya todos los empleos importantes; el poder temporal, impío en su esencia, no dominaba ya al poder espiritual, y éste no estaba ya dirigido por los patricios. La corte de Roma se había transformado en la primera corte de Europa; desde el establecimiento del papado, todos los papas y casi todos los cardenales habían salido de la clase de los plebeyos; la

aristocracia de los talentos primaba sobre la aristocracia de las riquezas y sobre la aristocracia fundada en los derechos de nacimiento.

La sociedad poseía un sistema religioso y un sistema de moral combinados en conjunto, pues el amor de Dios y del prójimo daba el carácter unitario a los sentimientos más generales de los fieles.

El cristianismo había llegado a ser la base de la organización social, había reemplazado la ley del más fuerte, el derecho de conquista no era ya considerado como el más legítimo de todos los derechos.

América había sido descubierta y la especie humana, conociendo toda la extensión de sus posesiones territoriales, se encontraba en condiciones de hacer un plan general de los trabajos a ejecutar para sacar el mayor partido posible de su planeta.

Las capacidades pacíficas se habían desarrollado y habían adquirido al mismo tiempo mayor precisión; las bellas artes acababan de renacer; las ciencias de observación, así como la industria, acababan de tomar impulso.

El sentimiento filantrópico, que es la verdadera base del cristianismo, había reemplazado al patriotismo en todos los corazones generosos. Si bien no todos los hombres actuaban con respecto a sus semejantes como hermanos, al menos admitían todos que debían considerarse como hijos de un mismo padre.

3) Si la reforma de Lutero se hubiera podido completar, Lutero habría producido y proclamado la doctrina siguiente, habría dicho al Papa y a los cardenales:

Vuestros antecesores han perfeccionado la teoría del cristianismo cuanto se necesitaba; propagaron ampliamente esta teoría; los europeos están imbuidos de ella suficientemente: es hora de que os ocupéis de la aplicación general de esta doctrina. El verdadero cristianismo debe hacer felices a los hombres, no solamente en el cielo sino en la tierra.

No debéis atraer ya la atención de los fieles hacia ideas abstractas: empleando convenientemente las ideas sensuales, combinándolas de manera de procurar a la especie humana el más alto grado de felicidad que pudiera alcanzar en su vida terrestre, conseguiréis que el cristianismo se constituya como religión general, universal y única.

No es necesario ya que os limitéis a predicar a los fieles de todas las clases que los pobres son los hijos amados por Dios; debéis usar franca y enérgicamente todos los poderes y todos los medios adquiridos por la iglesia militante para mejorar prontamente la existencia moral y física de la clase más numerosa. Los trabajos preliminares y preparatorios del cristianismo ya están terminados: tenéis que cumplir una tarea mucho más satisfactoria que la que han cumplido vuestros predecesores. Esta tarea consiste en establecer el cristianismo general y definitivo, consiste en organizar a toda la especie humana según el principio fundamental de la moral divina.

Para cumplir esta tarea, debéis establecer este principio como base y como objetivo de todas las instituciones sociales.

Los apóstoles han debido reconocer el poder de César, han debido decir: *Dad al César lo que es del César*, porque, no pudiendo disponer de una fuerza suficiente para luchar contra él, debieron evitar hacerlo su enemigo.

Pero hoy, cuando la posición respectiva del poder espiritual y del poder temporal ha cambiado totalmente gracias a los trabajos de la iglesia militante, debéis declarar a los sucesores de César que el cristianismo no les reconoce más el derecho de conducir a los hombres, derecho fundado sobre la conquista, es decir, sobre la ley del más fuerte.

Debéis declarar a todos los reyes que el único medio de volver legítima la realeza consiste en considerarla una institución cuyo objeto es impedir a los ricos y a los poderosos que opriman a los pobres; debéis declararles que su único deber es mejorar la existencia moral y física de la clase

más numerosa, y que todo gasto ordenado por ellos en la administración de la fortuna pública, si no es estrictamente necesario, es un crimen de su parte y los constituye como enemigos de Dios.

Poseéis todas las fuerzas necesarias para forzar al poder temporal a admitir esta aplicación del cristianismo, pues vuestra supremacía es reconocida por todas las potencias y podéis disponer del clero, esparcido en toda la superficie de Europa. Ahora bien, el clero ejercerá siempre una influencia preponderante sobre las instituciones temporales de todos los pueblos cuando trabaje de manera positiva en mejorar la existencia de la clase pobre, que es en todas partes la más numerosa.

Paso al examen de otra cuestión, y os censuro, santo padre, en este segundo aspecto: toda vez que dos naciones cristianas están en guerra, están equivocadas las dos, pues el divino fundador del cristianismo prescribió a todos los hombres conducirse como hermanos entre sí y les prohibió emplear otros medios para concluir sus diferendos que los de la persuasión y la demostración.

Deberíais emplear todo vuestro poder papal, toda la influencia de los cleros nacionales para impedir las guerras. Pero, lejos de actuar de esta manera, permitís que los cleros de las naciones beligerantes invoquen cada uno de su lado al Dios de los ejércitos, que no puede ser más que una divinidad del paganismo. Permitís que al día siguiente de los combates se canten tedéum en ambos bandos. Vuestra conducta a este respecto, así como la del clero, es completamente impía.

Es la unión la que hace la fuerza. Una sociedad cuyos miembros entran en oposición unos contra otros tiende a su disolución. Apresuráos a llamar al clero a la unidad de acción.

Hay otra unidad mucho más importante que establecer: quiero hablar de la unidad de objetivo en los trabajos de los cristianos, en los trabajos de toda la especie humana. Es un objetivo muy claro, muy general, muy positivo, muy físico,

que debéis presentar a los hombres para que el cristianismo llegue a ser preponderante sobre el mahometanismo, sobre la religión de Foe*, sobre la de Brahma, sobre todas las religiones, en fin, así como sobre todas las instituciones temporales.

El objetivo general que debéis presentar a los hombres en sus trabajos es la mejora de la existencia moral y física de la clase más numerosa, y debéis producir una combinación de organización social adecuada para favorecer lo más posible este orden de trabajos y para asegurar su preponderancia sobre todos los otros, por más importantes que pudieran parecer.

Para mejorar lo más rápidamente posible la existencia de la clase más pobre, la circunstancia más favorable sería aquella en que se encontrara una gran cantidad de trabajos a ejecutar, que exigieran el más grande desarrollo de la inteligencia humana. Vos podéis crear esta circunstancia: ahora que la dimensión de nuestro planeta es conocida, encargad a los sabios, a los artistas y a los industriales un plan general de trabajos a ejecutar para hacer que la posesión territorial de la especie humana sea la más productiva posible y la más agradable para habitar en todos los aspectos.

La masa inmensa de trabajos que determinaréis al instante contribuirá más eficazmente a la mejora de la suerte de la clase pobre que lo que podrían hacerlo las limosnas más abundantes. Y por este medio los ricos, lejos de empobrecerse por sacrificios pecuniarios, se enriquecerán al mismo tiempo que los pobres.

Hasta el presente, el clero no ha ofrecido a los fieles, para que utilicen en sus vidas, más que un objetivo metafísico: el paraíso celeste. Resultó de ello que los eclesiásticos se en-

* Foe o Fo, nombre chino de Buda. [N. del T.]

contraron investidos de poderes absolutamente arbitrarios de los cuales abusaron de la manera más extravagante y absurda. Así, unos persuadieron a sus clientes de que para obtener el paraíso debían flagelarse los cuerpos a golpes de disciplina; otros, que se debían martirizar llevando un cilicio; otros, que hacía falta privarse de alimentos; otros, que había que comer pescado y abstenerse de otras carnes; otros, que había que leer todos los días una espantosa cantidad de oraciones, casi todas insignificantes, escritas en una lengua ignorada por la enorme mayoría de los fieles; otros, que era necesario pasar una gran parte de la jornada de rodillas en las iglesias, todas cosas que no podían contribuir en absoluto a la mejora de la suerte de la clase pobre.

Esta conducta del clero pudo y debió tener lugar en la época de la infancia de la religión, pero hoy en día, cuando nuestras ideas a este respecto se han aclarado y precisado, la prolongación de tales mistificaciones sería deshonrosa para la corte de Roma. Ciertamente, todos los cristianos aspiran a la vida eterna, pero el único medio de obtenerla consiste en trabajar en esta vida en pro del acrecentamiento del bienestar de la especie humana.

Santo padre, la especie humana experimenta en este momento una gran crisis intelectual. Tres nuevas capacidades se observan: las bellas artes reaparecen, las ciencias vienen a superponerse a todas las otras ramas de nuestros conocimientos y las grandes combinaciones industriales tienden más directamente a la mejora de la suerte de la clase pobre que ninguna de las medidas tomadas hasta hoy tanto por el poder temporal como por el poder espiritual.

Estas tres capacidades son de orden pacífico. En consecuencia, es de vuestro interés, de interés del clero, combinarse con ellas. Por medio de esta combinación, en poco tiempo y sin chocar con grandes obstáculos, podéis organizar a la especie humana de la manera más favorable para la mejora de la existencia moral y física de la clase más numerosa. Por este medio, el poder de César, que es impío en su

origen y en sus pretensiones, se encontrará completamente aniquilado.

Si, por el contrario, catalogáis como impías, o al menos poco agradables a Dios, las bellas artes, las ciencias y las grandes combinaciones industriales; si pretendéis prolongar vuestra dominación sobre la especie por medios que han servido a vuestros predecesores para adquirirla en la Edad Media; si continuáis presentando las ideas místicas como las más importantes de todas para la felicidad de la especie humana, entonces los artistas, los sabios y los jefes de la industria se aliarán con César contra vosotros. Abrirán los ojos del vulgo sobre lo absurdo de vuestras doctrinas, sobre los monstruosos abusos de vuestro poder, y no tendréis otros recursos para conservar una existencia social que transformaros en instrumento del poder temporal. César os empleará para que os opongáis a los progresos de la civilización, haciendo que el pueblo siga con la atención puesta en ideas místicas y supersticiosas, desviándolo lo más posible de toda instrucción en las bellas artes, en las ciencias de observación y en las combinaciones industriales. Hacer respetar el poder temporal, con el cual habéis estado en lucha hasta el presente, será vuestra tarea más importante; predicar la obediencia pasiva con respecto a los reyes, establecer que ellos no deben rendir cuenta de sus acciones sino a Dios y que, en ningún caso, sus súbditos podrán desobedecer sin cometer crimen, ésos serán los trabajos por medio de los cuales conservaréis vuestros honores y vuestras riquezas.

Sólo me queda, santo padre, hablaros de un tema muy importante.

La unidad papal, que no ha sido otra cosa que la unidad de mando, ha sido suficiente hasta hoy para unir entre sí las diferentes clases del clero, porque los mismos sacerdotes, y con más razón los laicos, estaban aún en la ignorancia. Hoy en día esta unidad ya no puede ofrecer un lazo suficiente; es necesario que establezcáis claramente la unidad de objetivo material en todos los trabajos del clero. Es necesario que

el papado rinda cuenta públicamente de cada uno de sus actos, que establezca claramente en qué pueden contribuir sus actos para la mejora de la existencia moral y física de la clase más numerosa.

Los papas deben desechar los motivos que guardan *in petto*.

4) Lutero era un hombre muy enérgico y muy capaz para la crítica, pero es solamente en ese aspecto que mostró una gran capacidad. Así, fundamentó de manera vigorosa y cabal que la corte de Roma había abandonado la dirección del cristianismo; que, por un lado, buscaba constituirse como poder arbitrario y, por otro, trabajaba para entenderse con los poderosos contra los pobres. Por todo ello los fieles debían obligarla a reformarse.

Pero la parte de sus trabajos relativa a la reorganización del cristianismo fue muy inferior a lo que habría debido ser: en lugar de tomar las medidas necesarias para acrecentar la importancia social de la religión cristiana, hizo retrogradar esa religión hasta su punto de partida; la volvió a colocar fuera de la organización social; reconoció, en consecuencia, que todos los poderes emanaban del poder del César; sólo reservó para sus sacerdotes el derecho de humilde súplica con respecto al poder temporal; finalmente, por esas disposiciones, condenó a las capacidades pacíficas a quedar eternamente en dependencia de los hombres con pasiones violentas y con capacidad militar.

De esta forma, circunscribió la moral cristiana en los estrechos límites que el estado de la civilización había impuesto a los primeros cristianos.

La acusación de herejía que dirijo contra los protestantes, en razón de la moral que han adoptado, moral que se encuentra muy por detrás del estado presente de nuestra civilización, está entonces fundamentada.

Yo acuso a los protestantes de herejía en este segundo punto: yo los acuso de haber adoptado un mal culto.

Cuanto más la sociedad se perfecciona en lo moral y en lo físico, más los trabajos intelectuales y manuales se subdividen. Así, en la vida cotidiana, la atención de los hombres se posa sobre objetos de un interés cada vez más especial, a medida que progresan las bellas artes, las ciencias y la industria.

De ello resulta que cuanto más progresa la sociedad, más necesidad tiene de que el culto se perfeccione. Pues el culto tiene por objeto llamar la atención de los hombres, regularmente reunidos en días de descanso, sobre los intereses que son comunes a todos los miembros de la sociedad, sobre los intereses generales de la especie humana.

El reformador Lutero y, desde su muerte, los ministros de las iglesias reformadas habrían debido buscar entonces los medios de que el culto se vuelva lo más adecuado posible para atraer la atención de los fieles sobre los intereses que les son comunes.

Habrían debido buscar los medios y las circunstancias más favorables para exponer completamente ante los fieles el principio fundamental de la religión cristiana: *todos los hombres deben conducirse como hermanos unos con respecto a otros*, para familiarizar su espíritu con este principio y habituarlos a que lo apliquen en todas las relaciones sociales, a fin de que no lo pierdan totalmente de vista en el curso de la vida, por más especiales que sean los objetos de sus trabajos diarios.

Ahora bien, para estimular la atención de los hombres en cualquier género de ideas que sea, para impulsarlos con fuerza en una dirección, hay dos grandes medios: excitar en ellos el terror mostrándoles los terribles males que resultarían de una conducta diferente de la que se les ha prescripto, o bien presentarles el incentivo de los gozos que resultarán necesariamente de los esfuerzos hechos por ellos en la dirección que se les indique.

En estas dos circunstancias, para producir la acción más fuerte y más útil es necesario combinar todos los medios, todos los recursos que las bellas artes puedan ofrecer.

El predicador convocado por diversas circunstancias a emplear la elocuencia, que es la primera de las bellas artes, debe hacer que se estremezca su auditorio pintando el cuadro de la posición horrible en que se encuentra, en esta vida, el hombre que mereció el desprecio público; debe incluso mostrar el brazo de Dios levantado sobre el hombre cuyos sentimientos todos no están dominados por el de la filantropía.

O bien, debe desarrollar en el alma de su auditorio los sentimientos más generosos y más enérgicos, haciéndoles sentir la superioridad de los gozos que hace experimentar la estima pública sobre todos los otros gozos.

Los poetas deben secundar los esfuerzos de los predicadores: deben proveer al culto con piezas poéticas adecuadas para ser recitadas en coro, de manera que todos los fieles se transformen en predicadores unos con respecto a otros.

Los músicos deben enriquecer con sus acordes las poesías religiosas e imprimirles un carácter musical profundamente penetrante en el alma de los fieles.

Los pintores y los escultores, en los templos, deben atraer la atención de los cristianos sobre las acciones más eminentemente cristianas.

Los arquitectos deben construir templos de manera que los predicadores, los poetas y los músicos, los pintores y los escultores, puedan a voluntad generar en el alma de los fieles los sentimientos del terror o los de la felicidad y la esperanza.

Ésas son evidentemente las bases que se le deben dar al culto y los medios que hay que emplear para volverlo útil a la sociedad.

¿Qué hizo Lutero a este respecto? Redujo el culto de la iglesia reformada a la simple predicación; volvió prosaicos lo más que pudo todos los sentimientos cristianos; desterró de sus templos todos los ornamentos de pintura y de escultura; suprimió la música y otorgó preferencia a los edificios religiosos cuyas formas son las más insignificantes

y, en consecuencia, las menos adecuadas para disponer favorablemente el corazón de los fieles a la pasión por el bien público.

Los protestantes no tardarán en objetarme que si los católicos cantan mucho, si sus templos están decorados con producciones de los más grandes maestros de la pintura y de la escultura, sin embargo las predicaciones de los ministros reformados producen en sus auditorios un efecto mucho más fructífero para el bien público que todos los sermones de los sacerdotes católicos, cuyo objeto principal consiste siempre en que los fieles de la comunión papal den la mayor cantidad de dinero posible para los gastos del culto y para el mantenimiento del clero y, en consecuencia, es imposible negar que su culto es preferible al de los católicos.

A eso yo respondo: el objeto de mi trabajo no es investigar cuál de las religiones, protestante o católica, es la menos herética. Yo acometí la tarea de probar que lo eran las dos, aunque en grados diferentes, es decir, que ni una ni otra era la religión cristiana. Mi objetivo era demostrar que desde el siglo XV el cristianismo había sido abandonado y restablecer el cristianismo rejuveneciéndolo. Me propongo como meta hacer sufrir a esta religión (eminentemente filantrópica) una depuración que la desembarace de todas las creencias y de todas las prácticas supersticiosas o inútiles.

El nuevo cristianismo está llamado a hacer triunfar los principios de la moral general en la lucha que existe entre esos principios y las combinaciones que tienen como objeto obtener un bien particular a expensas del bien público; esta religión rejuvenecida está llamada a organizar a todos los pueblos en un estado de paz permanente, uniéndolos a todos contra la nación que quiera realizar su bien particular a expensas del bien general de la especie humana, y coaligándolos contra todo gobierno lo suficientemente anticristiano como para sacrificar los intereses nacionales a los intereses privados de los gobernantes; está llamada a unir entre sí a los sabios, los artistas y los industriales

y a establecerlos como directores generales de la especie humana y de los intereses especiales de cada uno de los pueblos que la componen; está llamada a colocar las bellas artes, las ciencias de observación y la industria a la cabeza de los conocimientos sagrados, mientras que los católicos los han catalogado en la clase de conocimientos profanos; está llamada, en fin, a pronunciar anatema sobre la teología, y a clasificar como impía toda doctrina que tenga por objeto enseñar a los hombres otros medios para obtener la vida eterna que no sean el de trabajar con toda su fuerza para la mejora de la existencia de sus semejantes.

He dicho claramente cómo debía ser el culto para cumplir lo mejor posible la condición de atraer la atención de los fieles, en los días de descanso, sobre la moral cristiana.

He demostrado claramente que el culto de los protestantes estaba desprovisto de medios secundarios más eficaces para desarrollar en el alma de los fieles la pasión del bien público. Así, he demostrado que esta segunda acusación de herejía contra el protestantismo estaba fundamentada.

Yo dirijo contra los protestantes una tercera acusación de herejía: yo los acuso de haber adoptado un mal dogma.

En la infancia de la religión, en la época en que los pueblos estaban todavía sumergidos en la ignorancia, su curiosidad los excitaba sólo débilmente al estudio de los fenómenos de la naturaleza. La ambición del hombre no se había elevado al punto de querer dominar su planeta y modificarlo de la manera más ventajosa para él. Los hombres tenían entonces pocas necesidades de las que tuvieran clara conciencia, pero estaban agitados por las pasiones más violentas, fundadas en deseos y voluntades vagas, fundadas principalmente sobre el presentimiento de la acción poderosa que estaban llamados a ejercer sobre la naturaleza. El comercio, que desde ese momento civilizó al mundo, no existía sino rudimentariamente; cada pequeño poblado se constituía en estado de hostilidad con respecto a todo el resto de la especie humana y los ciudadanos no

estaban ligados con los hombres que no moraban en su misma ciudad por ningún lazo moral. Así, la filantropía no podía existir todavía en ese tiempo más que como un sentimiento especulativo.

En esa misma época, todas las naciones estaban divididas en dos grandes clases: la de los amos y la de los esclavos; la religión sólo podía ejercer una acción poderosa sobre los amos, pues ellos resultaban los únicos que eran libres en sus acciones. En esa época, la moral debía ser la parte menos desarrollada de la religión, pues no había reciprocidad de deberes comunes entre las dos grandes clases en que estaba dividida la sociedad. El culto y el dogma debían ser presentados con mucha más importancia que la moral; las prácticas religiosas, así como los razonamientos sobre la utilidad de esas prácticas y las creencias sobre las cuales estaban fundadas, eran las partes de la religión que debían ocupar más habitualmente a los ministros de los altares, tanto como a la masa de los fieles.

En una palabra, la parte material de la religión jugó un papel mucho más considerable cuando esta institución estaba más cerca de su fundación, y la parte espiritual fue adquiriendo preponderancia a medida que la inteligencia del hombre se desarrollaba.

Hoy en día el culto no debe ser analizado más que como un medio de atraer la atención de los hombres, en jornadas de reposo, sobre las consideraciones y los sentimientos filantrópicos, y el dogma debe ser concebido como una colección de comentarios que tienen por objeto o bien las aplicaciones generales de esas consideraciones y de esos sentimientos en los grandes sucesos políticos que puedan sobrevenir, o bien la facilitación a los fieles de las aplicaciones de la moral en las relaciones diarias que se producen entre ellos.

Voy a examinar ahora lo que Lutero pensó del dogma, lo que dijo de él, lo que prescribió a este respecto para los protestantes.

Lutero consideró que el cristianismo fue perfecto en su origen y se deterioró en forma constante desde la época de su fundación. Este reformador centró toda su atención en las faltas cometidas por el clero durante la Edad Media y no señaló en ningún momento los progresos inmensos que los ministros de los altares habían provocado en la civilización, ni la gran importancia social que habían permitido adquirir a los hombres ocupados de trabajos pacíficos, disminuyendo la importancia y la consideración del poder temporal, de ese poder impío que tiende por su naturaleza a someter a los hombres al imperio de la fuerza física y a gobernar las naciones en su provecho. Lutero prescribió a los protestantes estudiar el cristianismo en los libros que habían sido escritos en la época de su fundación y, particularmente, en la Biblia. Declaró que no reconocía otros dogmas que aquellos expuestos en las santas escrituras.

Esta declaración de su parte ha sido tan absurda como lo sería la de los matemáticos, físicos, químicos y cualquier otro sabio que pretendiera que las ciencias que ellos cultivan deban ser estudiadas en las primeras obras de su disciplina.

Lo que acabo de decir no está de ningún modo en oposición a la creencia en la divinidad del fundador del cristianismo. Jesús no pudo ofrecer a los hombres más que el lenguaje que podían comprender en la época en que les habló. Depositó en las manos de sus apóstoles el germen del cristianismo y le encargó a su iglesia el desarrollo de ese germen precioso. Le dio la tarea de aniquilar todos los derechos políticos derivados de la ley del más fuerte y todas las instituciones que formaban un obstáculo para la mejora de la existencia moral y física de la clase más pobre.

Estudiando los efectos y analizándolos con el mayor cuidado, podemos tener los datos suficientes para dar sobre las causas un juicio firme y preciso. Seguiré este camino: voy a examinar separadamente los principales inconvenientes que resultaron del error que Lutero cometió dirigiendo la atención de los protestantes sobre la Biblia de una manera

demasiado especial. De este examen se deducirá naturalmente la conclusión de que mi tercera acusación de herejía contra la religión protestante está fundamentada.

Cuatro inconvenientes mayores resultaron del estudio demasiado profundo que los protestantes hicieron de la Biblia:

1) Este estudio les hizo perder de vista las ideas positivas y de un interés presente, les dio el gusto por las investigaciones sin objetivo y una gran atracción por la metafísica. En efecto, en el norte de Alemania, que es el hogar del protestantismo, la vaguedad en las ideas y en los sentimientos domina en todos los escritos de los filósofos más renombrados, así como en los novelistas más populares.
2) Este estudio mancilla la imaginación con los recuerdos de muchos vicios vergonzosos que la civilización ha hecho desaparecer, tales como la bestialidad y el incesto en todos los grados en que se los pueda concebir.
3) Este estudio atrae la atención sobre deseos políticos contrarios al bien público, empuja a los gobernados a establecer en la sociedad una igualdad que es absolutamente impracticable; impide a los protestantes trabajar en la formación del sistema político en el cual los intereses generales estarían dirigidos por los hombres más capaces –en las ciencias de observación, en las bellas artes y en las combinaciones industriales–, que es el mejor sistema social al que la especie humana puede aspirar, pues es el que contribuirá más directa y eficazmente a la mejora moral y física de la existencia de los pobres.
4) Este estudio conduce a los que lo realizan a considerarlo como lo más importante de todo. De allí resultó la formación de sociedades bíblicas, que difunden todos los años entre el público millones de ejemplares de la Biblia.

En lugar de emplear sus fuerzas en favorecer la producción y la propagación de una doctrina proporcionada al estado de la civilización, estas sociedades pretendidamente cristianas dan a los sentimientos filantrópicos una dirección falsa, contraria al bien público y, creyendo servir a los progresos del espíritu humano, al contrario, lo harían retrogradar, si ello fuera posible.

De estos cuatro grandes hechos, concluyo que mi tercera acusación de herejía contra los protestantes, en razón del dogma que han adoptado, está sólidamente fundamentada.

He debido criticar al protestantismo con la mayor severidad, a fin de hacer sentir a los protestantes cuán incompleta ha sido la reforma de Lutero y cuán inferior es al nuevo cristianismo. Pero, como lo enuncié al comenzar el examen de los trabajos de Lutero, sé muy profundamente cuán grandes servicios rindió a la sociedad, a pesar de sus numerosos errores, en la parte crítica de su reforma. Además, mi crítica se dirige al protestantismo en tanto es considerado por los protestantes como la reforma definitiva del cristianismo, pero está lejos de atacar al genio obstinado de Lutero. Cuando nos trasladamos a los tiempos en que él vivió, a las circunstancias que debió combatir, sentimos que hizo todo lo que le era posible hacer entonces para dar a luz la reforma y para que sea adoptada. Al afirmar que la moral debía captar la atención de los fieles más que el culto y el dogma, aunque la moral protestante no haya estado en proporción con las luces de la civilización moderna, Lutero preparó la nueva reforma de la religión cristiana. No obstante, no debemos considerar el nuevo cristianismo como un perfeccionamiento del protestantismo. La nueva fórmula bajo la que presento el principio primitivo del cristianismo está completamente al margen de las mejoras de toda especie que la religión cristiana experimentó hasta el día de hoy.

Me detengo aquí. Creo, señor Conservador, haber desarrollado lo suficiente mis ideas sobre la nueva doctrina cristiana como para que podáis, desde ahora, tener un primer juicio.

Decid si me creéis penetrado del espíritu del cristianismo y si mis esfuerzos por rejuvenecer esta religión sublime no alteran la pureza primitiva de su naturaleza.

CONSERVADOR: –He seguido atentamente vuestro discurso. Mientras hablabais, mis propias ideas se aclaraban, mis dudas desaparecían y sentía crecer mi amor y mi admiración por la religión cristiana. Mi vinculación con el sistema religioso que civilizó Europa no me impidió comprender que era posible perfeccionarlo y, en este punto, me habéis convertido enteramente.

Es evidente que el principio de moral: *Todos los hombres deben tratarse como hermanos unos a otros*, dado por Dios a su iglesia, encierra todas las ideas que comprendéis en el siguiente precepto: *Toda la sociedad debe trabajar en la mejora de la existencia moral y física de la clase más pobre. La sociedad debe organizarse de la manera más conveniente para alcanzar este gran objetivo.*

Es igualmente cierto que en el origen del cristianismo este principio debió ser expresado en su primera fórmula, y que hoy es la segunda fórmula la que debe ser empleada.

Cuando se fundó el cristianismo, lo habéis dicho, la sociedad se encontraba dividida en dos clases de naturaleza política absolutamente diferente: la de los amos y la de los esclavos. Eso constituía, de alguna manera, dos especies humanas distintas, sin embargo entremezcladas la una en la otra. Era absolutamente imposible entonces establecer una reciprocidad completa en las relaciones morales entre las dos especies. Por ello el divino fundador de la religión cristiana se limitó a enunciar su principio de moral de manera de hacerlo obligatorio para todos los individuos de cada especie humana, sin poder establecerlo como lazo para unir a la vez a amos y esclavos.

Vivimos en una época en que la esclavitud se encuentra completamente aniquilada, no existen más que hombres de la misma especie política, las clases ya no están separadas sino por matices. Vos concluís de este estado de cosas que el

principio fundamental del cristianismo debe ser presentado bajo la fórmula más adecuada para hacerlo obligatorio para las clases, unas respecto de otras, sin que por ello deje de serlo para los individuos en sus relaciones individuales. Encuentro vuestra conclusión legítima y de la más alta importancia y, desde este momento, nuevo cristiano, uno mis esfuerzos a los vuestros para la propagación del nuevo cristianismo.

Pero, a este respecto, tengo algunas observaciones que hacer sobre la marcha general de vuestros trabajos. La nueva fórmula bajo la cual representáis el principio del cristianismo abarca todo vuestro sistema sobre la organización social, sistema que ahora se encuentra basado a la vez en consideraciones filosóficas del orden de las ciencias, de las bellas artes y de la industria, y en el sentimiento religioso más universalmente difundido en el mundo civilizado, en el sentimiento cristiano.

Pues bien, este sistema, objeto de todos vuestros pensamientos, ¿por qué no haberlo presentado de entrada desde el punto de vista religioso, desde el punto de vista más elevado y más popular? ¿Por qué os habéis dirigido a los industriales, a los sabios, a los artistas, en lugar de ir directo al pueblo a través de la religión? Y en ese mismo momento, ¿por qué perder un tiempo precioso en criticar a los católicos y a los protestantes, en lugar de establecer directamente vuestra doctrina religiosa? ¿Queréis que se diga de vos lo que decís de Lutero: *criticó bien pero adoctrinó mal*?

Las fuerzas intelectuales del hombre son muy pequeñas. Es haciéndolas converger hacia un fin único, es dirigiéndolas hacia el mismo punto, como podemos llegar a producir un gran efecto y a obtener un resultado importante. ¿Por qué comenzáis empleando vuestras fuerzas en criticar, en lugar de empezar adoctrinando? ¿Por qué no atacáis francamente y desde el primer momento la cuestión del nuevo cristianismo?

Habéis encontrado el medio para detener la indiferencia

religiosa entre la clase numerosa, pues los pobres no pueden ser indiferentes hacia una religión cuyo objetivo proclamado es el de mejorar lo más rápidamente posible su existencia física y moral.

Ya que habéis llegado a reproducir el principio fundamental del cristianismo con un carácter totalmente nuevo, ¿vuestra primera preocupación no debería ser difundir el conocimiento de este principio regenerado en la clase más interesada en que se admita? Y si esta clase es ella sola infinitamente más numerosa que todas las otras reunidas, el éxito de vuestra empresa sería infalible.

Habría que comenzar por conseguir numerosos partidarios para asegurarse un apoyo en el ataque a católicos y protestantes.

En fin, desde el momento en que tenéis clara conciencia de la fuerza, la fecundidad y la irresistibilidad de vuestra concepción, deberíais al instante erigirla en doctrina, sin ninguna precaución previa y sin ninguna inquietud de ver su propagación estorbada por cualquier obstáculo político y por alguna refutación importante.

Decís: "La sociedad debe ser organizada según el principio de la moral cristiana; todas las clases deben concurrir con todo su poder en la mejora moral y física de la existencia de los individuos que componen la clase más numerosa; todas las instituciones sociales deben concurrir lo más enérgicamente y lo más directamente posible a este gran objetivo religioso.

"En el estado presente de las luces y de la civilización, ningún derecho político debe ya presentarse como derivado de la ley del más fuerte para los individuos, del derecho de conquista para las masas; la realeza sólo es legítima cuando los reyes emplean su poder para conducir a los ricos hacia la mejora de la existencia moral y física de los pobres".

¿Qué obstáculos puede encontrar semejante doctrina? ¿Los que están interesados en sostenerla no son infinita-

mente más numerosos que los que están interesados en impedir su admisión? Los partidarios de esta doctrina se apoyan en el principio de la moral divina, mientras que sus adversarios no tienen otras armas para oponerse que los hábitos contraídos en una época de ignorancia y de barbarie, sostenidos por los principios del egoísmo jesuítico.

En resumen, pienso que deberíais propagar inmediatamente vuestra nueva doctrina y preparar misiones hacia todas las naciones civilizadas para hacerla adoptar.

INNOVADOR: –Los nuevos cristianos deben desarrollar el mismo carácter y seguir el mismo derrotero que los cristianos de la iglesia primitiva: no deben emplear más que las fuerzas de su inteligencia para hacer adoptar su doctrina. Es solamente con la persuasión y con la demostración como ellos deben trabajar en la conversión de los católicos y de los protestantes; es por medio de la demostración y de la persuasión como ellos alcanzarán a convencer a estos cristianos extraviados a renunciar a las herejías con las que están infectadas las religiones papales y luteranas, para adoptar francamente el nuevo cristianismo.

El nuevo cristianismo, al igual que el cristianismo primitivo, será apoyado, estimulado y protegido por la fuerza de la moral y por la omnipotente opinión pública. Y si desgraciadamente su admisión ocasionara actos de violencia, condenas injustas, serían los nuevos cristianos quienes sufrirían los actos de violencia, las condenas injustas, pero en ningún caso se los verá emplear la fuerza física contra sus adversarios, en ningún caso figurarán ni como jueces ni como verdugos.

Después de haber encontrado el medio de rejuvenecer el cristianismo haciendo sufrir una transfiguración a su principio fundamental, mi primer cuidado fue, debió ser, tomar todas las precauciones necesarias para que la enunciación de la nueva doctrina no condujera a la clase pobre a actos de violencia contra los ricos y contra los gobernantes.

He debido dirigirme primero a los ricos y a los poderosos

para disponerlos favorablemente con respecto a la nueva doctrina, haciéndoles comprender que no era en nada contraria a sus intereses, pues era evidentemente imposible mejorar la existencia moral y física de la clase pobre por otros medios que aquellos que tienden a dar un acrecentamiento de los disfrutes de la clase rica.

He debido hacer sentir a los artistas, a los sabios y a los jefes de los trabajos industriales que sus intereses eran esencialmente los mismos que los de la masa del pueblo; que pertenecían a la clase de los trabajadores, al mismo tiempo que eran sus jefes naturales; que la aprobación de la masa del pueblo por los servicios que ellos rendían era la única recompensa digna de sus gloriosos trabajos. He debido insistir mucho sobre este punto, atendiendo a que es de la mayor importancia, porque es el único medio de proveer a las naciones de guías que merezcan verdaderamente su confianza, guías que sean capaces de dirigir sus opiniones y de ponerlas en estado de juzgar sanamente las medidas políticas que son favorables o contrarias a los intereses de la mayoría. En fin, he debido hacer ver a los católicos y a los protestantes la época precisa en la cual habían tomado una falsa ruta, a fin de facilitarles los medios para volver a la buena. Debo insistir en este punto, porque la conversión de los cleros católico y protestante daría poderosos apoyos al nuevo cristianismo.

Después de esta explicación, retomo el curso de mis ideas: no me detendré a examinar todas las sectas religiosas nacidas del protestantismo. La más importante de todas, la religión anglicana, está tan ligada a las instituciones nacionales de Inglaterra que no puede ser examinada convenientemente sino en conjunto con esas instituciones, y este examen tendrá lugar cuando yo pase revista, tal como lo he anunciado, a todas las instituciones espirituales y temporales de Europa y de América. El cisma griego se ha encontrado hasta el presente fuera del sistema europeo; no tendré nada que decir de él. Y además, todos los elementos

de la crítica de estas diferentes herejías están encerrados en la del protestantismo.

Pero no es mi único objetivo demostrar la herejía de católicos y protestantes. No me basta, para rejuvenecer enteramente el cristianismo, con lograr un triunfo sobre todas las antiguas filosofías religiosas. Debo todavía establecer su superioridad científica sobre todas las doctrinas de los filósofos que se colocaron por fuera de la religión. Debo reservar el desarrollo de esta idea para un segundo diálogo, pero entre tanto os voy a ofrecer un resumen del conjunto de mi trabajo.

La especie humana no ha cesado jamás de hacer progresos, pero nunca procedió de la misma manera ni empleó los mismos medios para acrecentar la masa de sus conocimientos y para perfeccionar su civilización. La observación prueba al contrario que, desde el siglo XV hasta hoy, procedió de una manera opuesta a la que había seguido desde el establecimiento del cristianismo hasta el siglo XV.

Desde el establecimiento del cristianismo hasta el siglo XV, la especie humana se ocupó principalmente de la coordinación de sus sentimientos generales, del establecimiento de un principio universal y único y de la fundación de una institución general que tuviera como objetivo superponer la aristocracia de los talentos a la aristocracia del nacimiento y someter así todos los intereses particulares al interés general. Durante todo este período, las observaciones directas sobre los intereses privados, sobre los hechos particulares y sobre los principios secundarios fueron olvidadas, fueron prohibidas en la masa de los espíritus, y se formó una opinión preponderante en este punto: que los principios secundarios debían ser deducidos de los hechos generales y de un principio universal, opinión de una verdad puramente especulativa, visto que la inteligencia humana no tiene los medios de establecer generalidades lo suficientemente precisas como para que sea posible inferir, como consecuencias directas, todas las especialidades.

Es a este hecho importante que se vinculan las observaciones que presenté al hacer este diálogo, en el examen del catolicismo y del protestantismo.

Desde la disolución del poder espiritual europeo, resultado de la insurrección de Lutero, desde el siglo XV, el espíritu humano se apartó de las ideas más generales, se abandonó a las especialidades, se ocupó del análisis de los hechos particulares, de los intereses privados de las diferentes clases de la sociedad. Trabajó en plantear los principios secundarios que podían servir de base a las diferentes ramas de sus conocimientos y, durante este segundo período, se estableció la opinión de que las consideraciones sobre los hechos generales, sobre los principios generales, sobre los intereses generales de la especie humana, no eran más que consideraciones vagas y metafísicas, que no podían contribuir eficazmente al progreso de las luces y al perfeccionamiento de la civilización.

Así, el espíritu humano siguió, desde el siglo XV, una marcha opuesta a la que había seguido hasta esa época, y por cierto los progresos importantes y positivos que resultaron de ello, en todas las direcciones de nuestros conocimientos, prueban irrevocablemente cuánto se habían equivocado nuestros antepasados de la Edad Media al estimar de una utilidad mediocre el estudio de los hechos particulares, de los principios secundarios y el análisis de los intereses privados.

Pero es verdad igualmente que un enorme mal resultó para la sociedad del estado de abandono en el que se dejaron, desde el siglo XV, los trabajos relativos al estudio de los hechos generales, de los principios generales y de los intereses generales. Este abandono dio a luz el sentimiento de egoísmo, que se volvió dominante en todas las clases y en todos los individuos. Este sentimiento, dominante en todas las clases y en todos los individuos, facilitó al César los medios de recuperar una parte de la fuerza política que había perdido antes del siglo XV. Es a este egoísmo que hay que atribuir la enfermedad política de nuestra época,

enfermedad que hace sufrir a todos los trabajadores útiles a la sociedad; enfermedad que permite absorber a los reyes una enorme parte del salario de los pobres, para sus gastos personales, para los de sus cortesanos y sus soldados; enfermedad que ocasiona una deducción enorme, por parte de la realeza y la aristocracia de nacimiento, a la consideración que se le debe a los sabios, a los artistas y a los jefes de los trabajos industriales, por los servicios de una utilidad directa y positiva que rinden al cuerpo social.

Es entonces deseable que los trabajos que tienen por objeto el perfeccionamiento de nuestros conocimientos relativos a los hechos generales, a los principios generales y a los intereses generales sean prontamente devueltos a la actividad y sean protegidos desde ahora por la sociedad, al igual que aquellos que tienen por objeto el estudio de los hechos particulares, de los principios secundarios y de los intereses privados.

Ése es el resumen de las ideas que serán desarrolladas en nuestra segunda conversación, cuyo objeto será exponer el cristianismo desde el punto de vista teórico y científico y establecer la superioridad de la teoría cristiana sobre todas las filosofías especiales, tanto religiosas como científicas.

En fin, en un tercer diálogo trataré directamente del nuevo cristianismo o del cristianismo definitivo. Expondré su moral, su culto y su dogma; propondré una profesión de fe para los nuevos cristianos.

Haré ver que esta doctrina es la única doctrina social que puede convenir a los europeos en el estado presente de sus luces y de su civilización. Demostraré que la adopción de esta doctrina ofrece el medio mejor y más pacífico para remediar los inconvenientes enormes que resultaron de la invasión del poder espiritual por la fuerza física, sucedido en el siglo XV, y para que cese esta invasión reorganizando el poder espiritual sobre nuevas bases, dándole la fuerza suficiente para poner un freno a las pretensiones ilimitadas del poder temporal.

Demostraré además que la adopción del nuevo cristianismo, haciendo avanzar firmemente los trabajos relativos a las generalidades de los conocimientos humanos y los que tengan por objeto el perfeccionamiento de las especialidades, acelerará los progresos de la civilización infinitamente más que a través de cualquier otra medida general.

Termino este primer diálogo declarando francamente lo que pienso de la revelación del cristianismo.

Ciertamente, somos muy superiores a nuestros antecesores en las ciencias con una utilidad positiva y especial. Solamente desde el siglo XV y principalmente desde comienzos del siglo XVIII, hicimos grandes progresos en las matemáticas, en la física, en la química y en la fisiología. Pero hay una ciencia mucho más importante para la sociedad que los conocimientos físicos y matemáticos: es la ciencia que constituye la sociedad, la que le sirve de base, la moral. Ahora bien, la moral ha seguido un camino absolutamente opuesto al de las ciencias físicas y matemáticas. Hace más de dieciocho siglos que su principio fundamental fue enunciado y, desde esa época, todas las investigaciones de los hombres de más grande genio no han podido descubrir un principio superior por su generalidad o por su precisión a aquel dado en esa época por el fundador del cristianismo. Diré más: cuando la sociedad perdió de vista este principio, cuando dejó de tomarlo como guía general de su conducta, enseguida recayó bajo el yugo del César, es decir, bajo el imperio de la fuerza física, que aquel principio moral había subordinado a la fuerza intelectual.

Pregunto ahora si la inteligencia que produjo, hace dieciocho siglos, el principio regulador de la especie humana y que, en consecuencia, produjo este principio quince siglos antes de que hayamos hecho progresos importantes en las ciencias físicas y matemáticas, pregunto si esta inteligencia no tiene un carácter evidentemente sobrehumano y si existe una prueba mayor de la revelación del cristianismo.

Así es, yo creo que el cristianismo es una institución di-

vina, y estoy persuadido de que Dios acuerda una protección especial a aquellos que se esfuerzan en someter todas las instituciones humanas al principio fundamental de esta doctrina sublime. Estoy convencido de que yo mismo he cumplido una misión divina convocando a los pueblos y a los reyes al verdadero espíritu del cristianismo. Y pleno de confianza en la protección divina acordada a mis trabajos de una manera especial, siento la audacia de hacer reconvenciones sobre su conducta a los reyes de Europa que se han coaligado, dando a su unión el nombre sagrado de *Santa Alianza*. Me dirijo directamente a ellos y me atrevo a decirles:

Príncipes:

¿Cuál es la naturaleza, cuál es el carácter, ante los ojos de Dios y de los cristianos, del poder que ejercéis?

¿Cuáles son las bases del sistema de organización social que os esforzáis en establecer? ¿Qué medidas habéis tomado para mejorar la existencia moral y física de la clase pobre?

Os decís cristianos y fundáis todavía vuestro poder sobre la fuerza física; no sois más que los sucesores del César, y olvidáis que los verdaderos cristianos se proponen como meta final de sus trabajos aniquilar completamente el poder de la espada, el poder del César que, por su naturaleza, es esencialmente provisorio.

¿Y es ese poder el que queréis dar por base a la organización social? Sólo a él pertenece, según vosotros, la iniciativa en todas las mejoras generales reclamadas por el progreso de las luces. Para sostener este sistema monstruoso, mantenéis dos millones de almas en armas, habéis hecho adoptar vuestro principio a todos los tribunales y habéis obtenido que los cleros católico, protestante y griego profesen sin tapujos la herejía que afirma que el poder del César es el poder regulador de la sociedad cristiana.

Convocando a los pueblos a la religión cristiana a través del símbolo de vuestra unión, haciéndolos gozar de una paz

que es para ellos el primero de los bienes, no os granjearéis sin embargo ningún reconocimiento de su parte. Vuestro interés personal domina demasiado en las combinaciones que presentáis como si fueran de un interés general. El poder supremo europeo que reside en vuestras manos está lejos de ser un poder cristiano como hubiera debido llegar a serlo. Tan pronto como actuáis, mostráis el carácter y las insignias de la fuerza física, de la fuerza anticristiana.

Todas las medidas de alguna importancia que habéis tomado desde que estáis unidos en Santa Alianza, todas tienden por sí mismas a empeorar la suerte de la clase pobre, no solamente para la actual generación sino incluso para las generaciones que la deben suceder. Habéis aumentado los impuestos, los aumentáis todos los años, a fin de cubrir el crecimiento de los gastos ocasionados por vuestros ejércitos pagos y por el lujo de vuestros cortesanos. La clase de súbditos a la que acordáis una protección especial es la de la nobleza, clase que, al igual que vosotros, funda todos sus derechos sobre la espada.

No obstante, vuestra vituperable conducta parece excusable en muchos aspectos: algo debió induciros a error, es la aprobación que recibieron los esfuerzos comunes que habéis hecho por abatir el poder del César moderno. Combatiéndolo, habéis actuado muy cristianamente, pero es únicamente porque, en sus manos, la autoridad del César, que Napoleón había conquistado, tenía mucha más fuerza que en las vuestras, adonde no ha llegado sino por herencia. Vuestra conducta tiene entonces otra excusa: correspondía a los cleros deteneros en el borde del precipicio, pero ellos se precipitaron allí con vosotros.

Príncipes:

Escuchad la voz de Dios, que os habla a través de mi boca, volved a ser buenos cristianos, dejad de considerar a los ejércitos pagos, a los nobles, a los cleros heréticos y a los jueces perversos como vuestros sostenes principales. Uníos en nombre del cristianismo y sabed cumplir todos

los deberes que éste impone a los poderosos. ¡Recordad que les ordena emplear todas sus fuerzas en acrecentar lo más rápidamente posible la felicidad social del pobre!